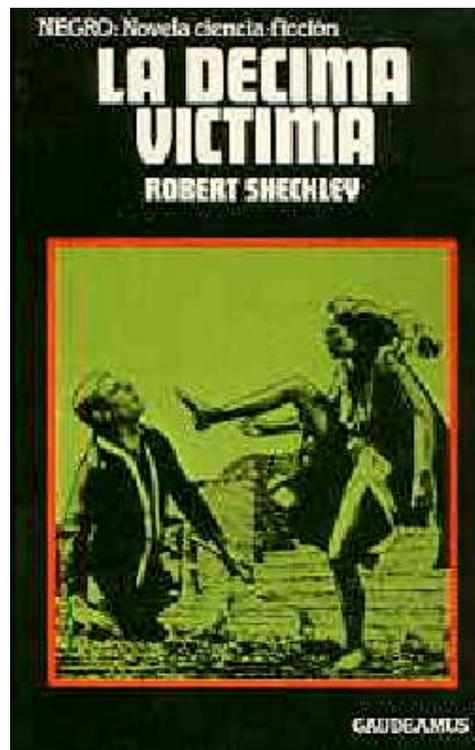


# LA DÉCIMA VÍCTIMA



**Robert Sheckley**

Título original: The Tenth Victim  
Traducción: José M<sup>a</sup> Aroca  
© 1966 by Robert Sheckley  
© 1982 Ediciones Acervo  
Julio Verne 5 - Barcelona  
ISBN 84-7002-242-3  
Edición digital: Carlos Palazón  
Revisión: Umbriel  
R6 01/03

Podría haber sido la perdición de cualquier hombre: Caroline Meredith, una joven esbelta y flexible sentada pensativamente tras un alto mostrador de caoba, con sus bien formadas piernas provocativamente entrelazadas y su alargado y exquisitamente modelado rostro (que recordaba el jade antiguo, pero con delicados matices marfileños) asomado a las insondables profundidades de su Martini. Estatuaria, pero turbadoramente viva, vestida con las más finas sedas, y con un abrigo de marta cebellina color azabache colgando descuidadamente sobre sus soberbios hombros, podría haber representado todo lo que era hermoso, bueno y deseable en la extrañamente diversa ciudad de Nueva York.

O, al menos, eso debió pensar el turista. Estaba extasiado, a unos tres metros del cristal del escaparate del bar en el cual la bella Caroline permanecía sentada contemplando las profundidades de su vaso. Era un chino: un vendedor de nidos de ave de Kweiping, a juzgar por su traje blanco de piel de tiburón, su corbata de seda cruda y sus zapatos brocados. De su cuello colgaba una gran cámara fotográfica: una Bronica para todo el mundo, menos para los iniciados. Con deliberada indiferencia, el oriental levantó su cámara y sacó una foto de una acequia a su izquierda y de una excavación a su derecha. Luego enfocó a Caroline.

Realizó varias operaciones con el mecanismo de la cámara. Se produjeron chirridos y zumbidos, y un panel lateral se abrió.

En aquella abertura, con la rapidez de un prestidigitador, el inescrutable celeste deslizó diestramente cinco proyectiles de punta roma, y cerró la abertura. Así, técnicamente, su cámara no era ya una simple cámara; pero tampoco era un simple revólver. Ahora era un *revólver-cámara*, o una *cámara-revólver*; o, para utilizar el adecuado (aunque recientemente acuñado) término de argot, era un *convertible*; es decir, uno de esos objetos destinados a realizar dos funciones independientes entre sí.

Así preparado, el Peligro Amarillo avanzó hacia su blanco con pasos rápidos y ligeros. Sólo una respiración levemente asmoide podría haber traicionado su propósito a un observador casual.

La encantadora Caroline no cambió de postura. Pero levantó su vaso; dentro no había ninguna sibila, pero sí lo más parecido a ella: un diminuto espejo. En él observó con interés los movimientos del Matador de Kwantung.

El momento de la verdad se estaba acercando con rapidez. El chino apuntó; y Caroline, con un impresionante despliegue de reflejos, lanzó su vaso contra el escaparate unas décimas de segundo antes de que el Hijo del Cielo apretara el gatillo.

—¡Oh! ¡En el momento preciso! ¡Oiga! —exclamó el chino. (Aunque había nacido en la orilla izquierda del río Hungshui, se había educado en Harrods).

Caroline no dijo una sola palabra. A un palmo por encima de su cabeza había un orificio estrellado en el cristal del escaparate. Caroline se dejó caer al suelo antes de que el individuo pudiera volver a disparar, y se precipitó hacia la parte trasera como un murciélago escapado del infierno.

El camarero, que había estado contemplando la acción, agitó la cabeza admirativo. Su verdadera afición era el fútbol, pero le gustaba una buena Caza.

—¡Ese va por ti, muchacha! —gritó detrás de la apresurada Caroline.

En aquel preciso instante el vendedor de nidos de ave irrumpió en el bar y corrió hacia la parte posterior, persiguiendo a la bella joven.

—Bienvenido a América —gritó el camarero detrás de él—, y feliz Cacería.

—Disculpe, tengo mucha prisa —respondió cortésmente el Diablo Amarillo, sin dejar de correr.

—Hay que descubrirse ante los japoneses —observó el camarero, dirigiéndose a un cliente sentado al final del mostrador—. Tienen modales.

—Otro Martini doble —dijo el hombre sentado al final del mostrador—. Pero esta vez pon la rodaja de limón *a un lado* del vaso. No resulta agradable ver flotar una fea rodaja de limón en la bebida de uno, como si fuera un *Planter's Punch* u otro brebaje por el estilo.

—Sí, señor, lo siento mucho, señor —dijo el camarero amablemente. Mezcló la bebida con cuidado, pero no dejaba de interrogarse acerca de aquel Cazador Oriental y su Víctima Americana. ¿Cuál de los dos iba a imponerse? ¿Cómo acabaría la cosa?

El hombre sentado al final del mostrador debió leer sus pensamientos.

—Te concedo tres a uno —dijo.

—¿Sobre qué?

—A favor de la muchacha contra el chino. El camarero vaciló, luego sonrió, agitó la *cabeza* y sirvió la bebida.

—Tendrán que ser cinco a uno —dijo—. Esa damita me ha dado la impresión de ser muy lista.

—Hecho —dijo el hombre, que también era muy listo. Dejó caer una gota de limón sobre la transparente superficie de su bebida.

Moviendo con celeridad sus largas piernas, con el abrigo de marta cebellina bajo el brazo, Caroline corrió más allá de los chillones esplendores de la Avenida Lexington y se abrió paso a través de una muchedumbre reunida para presenciar el empalamiento público de un delincuente en la gran estaca de granito en la confluencia de la Calle 69 y el Parque. Nadie prestó una atención especial a Caroline: todo el mundo estaba pendiente del despreciable criminal, un patán de Hoboken con un revelador envoltorio Hershey arrugado a sus pies y las manos manchadas de chocolate. Con rostros pétreos, escucharon sus torpes disculpas y sus patéticas súplicas; y vieron palidecer su rostro cuando los dos verdugos públicos le agarraron por los brazos y las piernas y le sostuvieron en alto, preparados para dejarle caer sobre la Estaca del Malhechor. En aquellos momentos interesaba mucho la recién inaugurada política de las ejecuciones al aire libre ("¿De qué tenemos que avergonzarnos?"), mientras disminuía el interés por las predecibles cabriolas asesinas de Cazadores y Víctimas.

Caroline corrió, con sus rubios cabellos ondeando detrás de ella como un brillante estandarte de incierto significado. A menos de quince metros detrás de ella, resoplando ligeramente y sudando un poco, avanzaba el Pagano chino, con su cámara-revolver en sus dos manos desprovistas de vello. Su marcha no parecía particularmente rápida; y sin embargo, poco a poco, con la inmemorial paciencia de los Hijos de Han, le estaba ganando terreno a la hermosa joven.

No se arriesgaba aún a disparar; hacerlo sin un blanco definido era visto con malos ojos, y matar o mutilar a un mirón, por accidentalmente que fuera, resultaba vergonzoso y constituía una torpeza imperdonable y una irrevocable pérdida de prestigio.

En consecuencia, se abstenía de disparar, apretando contra su pecho aquel instrumento que era capaz, a través del perverso ingenio del hombre, de crear una copia y destruir el original simultáneamente. Un observador atento podría haber observado un premonitorio temblor digital, así como la leve y anormal rigidez que adquirirían los músculos del cuello del hombre. Pero esto era de esperar, ya que John Chinaman sólo había tomado parte en dos Cacerías, y en consecuencia era un principiante en el fenómeno social más importante de la época.

Caroline llegó a la esquina de la Avenida Madison y la Calle 69, dirigió una rápida ojeada a su alrededor, pasó por delante del *Graven Chicken Delicatessen* (donde podían comer hasta cincuenta personas; precios a voluntad), y súbitamente se paró. Jadeando intensamente, vio una puerta abierta más allá del *Graven Chicken*. Penetró inmediatamente y subió la empinada escalera hasta el segundo piso, donde se encontró en un atestado rellano.

Al final del rellano vio un letrero: Galería Amel: *Objects de pop-op revisitée*. Y supo en seguida que se encontraba en una galería de arte: un lugar que había planeado visitar algún día, aunque en circunstancias algo mejores.

Sin embargo... uno mata donde puede y muere donde debe, como decía el antiguo refrán. En consecuencia, sin mirar hacia atrás, Carolina se abrió paso hasta la puerta de la sala, ignorando los indignados murmullos de los que aguardaban turno, y mostró una tarjeta a un uniformado portero que estaba controlando y tranquilizando el tránsito humano.

El portero examinó la tarjeta, que se facilita a toda Víctima (así como a todo Cazador), concediéndoles Derechos de Emergencia de Entrada y Salida mientras están activa y legalmente dedicados a salvar sus propias vidas o a destruir la de otro. El portero asintió. Caroline recuperó su tarjeta y entró en la galería.

Se obligó a sí misma a andar despacio, a tomar un catálogo y a tratar de controlar su respiración. Se puso unas gafas, apretó más fuertemente su abrigo alrededor de sus torneados hombros, y avanzó lentamente a través de las diversas salas intercomunicadas de la galería.

Sus gafas, ligeramente teñidas, eran de un modelo recientemente salido al mercado, "Vea-a-su-alrededor", que proporcionaba al que las llevaba una aproximación visual de 360 grados, con pequeños pero enojosos puntos ciegos a 42 y 83 grados, y con una zona de distorsión que se extendía en línea recta desde 350 hasta 10 grados.

Pero aunque las gafas resultaban molestas y capaces de producir graves cefalalgias, su utilidad era indiscutible. Ya que a través de ellas Carolina localizó a su Cazador a unos diez metros detrás de ella.

Sí, era él, su Plaga Asiática, con su traje blanco empapado en sudor y su corbata de seda cruda ligeramente torcida. Pero su cámara mortal seguía fuertemente apretada contra su pecho, y avanzaba con la implacable determinación de una fiera salvaje, con los ojos fruncidos y la lisa y alta frente arrugada a causa de la concentración.

Caroline avanzó con casual apresuramiento, interponiendo una muchedumbre de visitantes entre ella y su Némesis del Kwantung Septentrional.

Pero John Chinaman la había visto, y ahora avanzó rectamente hacia la multitud tras la cual se había refugiado Caroline. Sus labios estaban

fuertemente apretados y sus ojos se habían fruncido todavía más, hasta el punto de que podía ver muy poco.

Pero *pudo* ver que su Víctima no estaba entre la multitud. Le había eludido, había desaparecido. ¡Ah, no tenía importancia! Una sonrisa asomó a las comisuras de su boca. Más allá de la multitud había una sola puerta. Al verla, llegó a la solución de su problema, en un súbito relámpago de intuición, sin necesidad de las tediosas etapas intermedias de la lógica Occidental. ¡Ella había entrado *allí*. Y así, torvamente, pero con un leve sentimiento de futura compasión, él también entró *allí*.

Se encontró contemplando una exposición de figuras de cera: cera auténtica, aparentemente, la misma sustancia que había sido utilizada en la Época de los Antiguos. Contempló las figuras, distendiendo los músculos alrededor de sus ojos para mejorar su visión. Todas las figuras eran de mujeres, muy atractivas (desde el punto de vista occidental) y apenas vestidas (desde todos los puntos de vista). Parecían reproducir diversas posturas de un mismo tipo de danza. El letrero indicador proclamaba "Striptease. La Metamorfosis Bastarda. 1945: Época de Inocencia; 1965: Herrumbre y Polilla. 1970: Renacimiento de Cartilegio; 1890: Desafío Informal de la Formalidad..."

Contempló aquella escena, apenas comprensible para unos ojos educados para extraer la belleza de bosques laqueados, abortos de ríos en miniatura, grullas estilizadas... Pero allí había una cosa que reconoció.

Uno de aquellos modelos, el tercero empezando por la izquierda, tenía un largo mechón de cabellos rubios semiocultando su rostro; y a sus pies estaba el revelador abrigo de color azabache.

El Celeste no vaciló más. Su cámara-revólver fue alzada y situada en posición. Pulsó el botón-gatillo, y los tres proyectiles se incrustaron en el tórax formando un triángulo de menos de cinco centímetros de lado: un trabajo excelente, desde el punto de vista de cualquiera.

De modo que ya estaba hecho, había llevado a cabo el asesinato, había tenido éxito, había...

Una de las figuras de cera situada al final de la hilera cobró vida súbita y sorprendentemente. La figura giró sobre sí misma; era Caroline, semidesnuda, con la mitad superior de su atractivo cuerpo cubierto únicamente por un sujetador metálico de extraña forma que recordaba el que llevaba Wilma, la legendaria esposa de Buck Rogers.

El de Caroline era una prenda más práctica que aquel arquetípico sujetador de otros tiempos; ya que cuando se encaró con el desconcertado cazador, cada una de sus copas efectuó un solo disparo. Y el Cazador apenas tuvo tiempo de decir: "Aún así, uno empieza a comprender", antes de desplomarse, tan muerto como la caballa de ayer en la pescadería de hoy.

La escena, desde luego, había tenido algunos espectadores. Uno de ellos le comentó a otro:

—Lo considero un asesinato *vulgar*.

El otro replicó:

—Ni hablar. Es un asesinato *camp*, si se me permite el arcaísmo. —Limpio pero chillón —insistió el primero—. Creo que podría llamársele un asesinato *fin de siècle*. ¿Eh?

—Probablemente —replicó el segundo espectador—, si uno es aficionado a las analogías de pantalones bombachos.

Apabullado, el primer espectador se alejó altivamente y empezó a examinar una exposición retrospectiva de productos de la NASA.

Caroline recuperó su abrigo color azabache (que varias de las mujeres presentes habían reconocido como piel de rata almizclera teñida), sopló el humo de los dos cañones retráctiles de los revólveres de las copas de su sujetador, puso sus ropas en orden, se echó el abrigo sobre los hombros y salió de la sala de maniqués.

La multitud, en su mayor parte, había ignorado todo el asunto; allí estaban los auténticos amantes del arte que no permitían que sus contemplaciones estéticas fueran perturbadas por sucesos externos.

Un policía llegó con deliberada rapidez, se acercó a Caroline y le preguntó:

—¿Cazador o Víctima?

—Víctima —dijo Caroline, y le entregó su tarjeta.

El policía asintió, se inclinó sobre el cadáver del chino y extrajo su cartera de uno de sus bolsillos. Dentro de ella encontró una tarjeta similar. Trazó una gran X sobre ella. En la tarjeta de Caroline, taladró un agujero en forma de estrella debajo de una hilera de agujeros similares y le devolvió el documento.

—Nueve Cacerías, ¿eh, señorita? —dijo, en tono adulador.

—En efecto, oficial —respondió Caroline seriamente. —Bueno, ha sido un afortunado desenlace, y ha realizado usted un buen trabajo —dijo el policía—. Algunos individuos actúan como carniceros. Personalmente, me gustan los trabajos bien acabados, lo mismo si se trata de un asesinato que de cocinar o de reparar zapatos o de cualquier otra cosa. Veamos, ¿qué quiere usted hacer en lo que respecta al dinero del premio?

—Oh, dejaré que el Ministerio lo ingrese en mi cuenta.

—Daré el oportuno informe —dijo el policía—. ¡Nueve asesinatos! Sólo le falta uno, ¿eh?

Caroline asintió. Una pequeña multitud se había reunido ahora a su alrededor, apartando al policía. Eran todas mujeres; una Cazadora femenina no era excepcional, aunque sí lo bastante rara aún como para llamar la atención.

Le manifestaron su admiración, y Caroline aceptó sus elogios de buena gana durante varios minutos. Pero luego descubrió que estaba muy cansada: ninguna persona normal permanece completamente insensible a la tensión emocional de un asesinato.

—Les agradezco mucho su simpatía —dijo—, pero ahora tengo que regresar a casa y descansar. Señor policía, ¿sería mucha extorsión para usted enviarme la corbata del Cazador? Me gustaría conservarla como recuerdo.

—Sus deseos son órdenes para mí —se apresuró a contestar el policía, y abrió un camino para Carolina a través de la enloquecida muchedumbre, que la siguió hasta el taxi más próximo.

Cinco minutos más tarde un hombre barbudo que llevaba un traje de pana y mocasines franceses entró en la sala. Miró a su alrededor, asombrado al encontrar la galería vacía; no habían dicho que esta exposición fuera una liquidación. No importaba. Empezó a examinar lo expuesto.

El hombre asintió con aire de entendido mientras pasaba por delante de los diversos cuadros, estatuas y objetos de arte. Se detuvo al llegar junto al cadáver del chino, tendido en el centro de una de las salas y todavía sangrando ligeramente. Lo contempló prolongada y pensativamente, lo buscó en su catálogo sin encontrarlo, y decidió que habría llegado demasiado tarde para ser

incluido en la lista. Lo contempló más de cerca, pensó profundamente, y llegó a una conclusión.

—Simplemente arquitectónico —afirmó con aire de autoridad—. Eficaz, quizá, pero demasiado sensiblero.

Pasó a la sala contigua.

## II

¿Hay algo tan bello como un día de junio? Hoy podemos contestar a esa pregunta cualitativa y definitivamente. Más bello, con mucho, es un día en Roma a mediados de octubre, cuando Venus está en ascenso en la Casa de Marte, y los turistas, como otros tantos lemingos, han completado su misteriosa migración anual y están ahora (la mayoría de ellos) de regreso en sus hogares, atados a las húmedas y tristes tierras que les vieron nacer.

Algunos de esos buscadores de la luz del sol y la ilusión del calor se quedan, sin embargo. Todos dan sus pobres excusas: una obra teatral, una fiesta, un concierto que no deben perderse, una audiencia con éste a con aquél. Pero los verdaderos motivos son siempre los mismos. Roma tiene un *ambiente*, pueril pero inigualable. Roma sugiere la posibilidad de convertirse en el actor principal en el drama de la propia vida de uno. (La sugerencia es falsa, desde luego; pero las más estólicas ciudades septentrionales ni siquiera poseen la sugerencia).

El Barón Erich Siegfried von Richtoffen no pensaba en nada de eso. Sus facciones reflejaban pocas cosas exceptuando una irritación habitual. Alemania le fastidiaba (flojera), Francia le disgustaba (suciedad), e Italia le fastidiaba y le disgustaba (flojera, suciedad, igualitarismo, decadencia). Venía a Italia cada año; a pesar de sus irreparables defectos, era uno de los lugares menos repulsivos que conocía. Y, además, tenía el Concurso Hípico Internacional anual en la *Piazza* de Siena.

El Barón era un soberbio jinete. (¿Acaso sus antepasados no habían aplastado a los campesinos en el barro bajo las pezuñas forradas de hierro de sus corceles?). Ahora estaba en los establos, y podía oír una banda de cornetas mientras los carabineros montados desfilaban a través de la *Piazza* en sus resplandecientes uniformes.

El Barón estaba *sumamente* irritado en aquel preciso instante, ya que se hallaba semidescalzo esperando a que uno de los lacayos (nunca podía encontrarse a aquellos individuos cuando eran necesarios) le devolviera sus botas. El maldito individuo se las había llevado hacía exactamente 18 minutos y 32 segundos, según el Accutron que el Barón lucía en su muñeca; ¿cuánto se tardaba en lustrar un par de botas? En Alemania (o mejor dicho, en el pueblo de Richtoffenstein, que el Barón consideraba como el último fragmento que quedaba de la verdadera Alemania), unas botas podían ser lustradas casi a la perfección en un tiempo-promedio de siete minutos y catorce segundos. Esta clase de demora hacía que un hombre deseara sollozar de rabia, o intimidar a alguien, o hacer algo...

—¡Enrico! —gritó el Barón, con una voz que podía haber sido oída desde tan lejos como el Campo de Marte— ¡Enrico, maldita sea tu estampa! ¿Dónde estás?

Alguien llamando, ninguna respuesta... En la *Piazza*, un mejicano llamativamente vestido se estaba inclinando ante los jueces. A continuación le tocaba actuar al Barón. ¡Pero no tenía botas, maldita sea, no tenía botas!

—¡Enrico, preséntate aquí inmediatamente o esta noche correrá la sangre! —gritó el Barón. Era una frase muy larga para gritarla, y al final de ella el Barón se quedó sin aliento. Escuchó, esperando una respuesta.

Y, ¿dónde estaba el esquivo Enrico? Debajo de la tribuna, sacando el lustre final a un par de botas de montar tan bellas como para constituir el orgullo de cualquier jinete. Enrico era un viejo marchito, nacido en Emilia y traído a Roma por petición popular. Todo el mundo estaba de acuerdo en que nadie conocía tanto el arte de lustrar (ni siquiera aquellos adeptos que seguían los principios del Zen sobre el Arte de Lustrar) como Enrico.

Enrico trabajaba, concentrado ahora en las relucientes espuelas. Su frente estaba arrugada debido a aquella misma concentración mientras frotaba suavemente el acero plateado con una sustancia especial.

No estaba solo. A su lado, contemplándole con visible interés, se encontraba un hombre que podría haber sido tomado por el hermano gemelo de Enrico. Los dos hombres iban vestidos exactamente iguales hasta en el menor de los detalles. Lo único que les diferenciaba era el hecho de que el segundo Enrico estaba atado y amordazado.

En el exterior, la multitud rugía aprobando la actuación del mejicano. Por encima de aquel rugido podía oírse la voz cada vez más destemplada del Barón:

—¡Enrico!

Ahora, apresuradamente, Enrico 1.º se puso en pie, dio una última ojeada de inspección a las botas, palmeó a Enrico 2.º en la frente, entre las cuerdas, y cojeó rápidamente a través de la tribuna hacia su amo actual.

—¡Hah! —dijo el Barón, y acompañó aquella exclamación de varias afirmaciones en un balbuceante alemán, incomprensible pero indudablemente despectivas para el humilde Enrico.

—Bueno, veamos —dijo finalmente el Barón, dejando que su frenesí se enfriara y quedara reducido a una cólera normal. Inspeccionó las botas y las encontró irreprochables. Sin embargo, las frotó con un trapo de gamuza que siempre llevaba en el bolsillo como prevención.

—Ahora ponme las botas, inmediatamente —ordenó el Barón, proyectando hacia adelante un poderoso pie teutónico.

La tarea quedó completada tras muchos tirones y maldiciones. Y en el momento preciso, también, ya que el jinete mejicano (¡llevaba goma en el pelo!) se estaba retirando entre estruendosos aplausos.

Calzado al fin, con su monóculo pegado al ojo, y con su mejor caballo (el famoso Carnívora III, descendiente de Astra y de Áspera) muy cerca de allí, el Barón echó a andar para presentarse a los jueces.

Parándose exactamente tres pasos delante de la tribuna, el Barón se cuadró, inclinó su cabeza un par de centímetros, y entrechocó marcialmente sus tacones.

Se produjo una gran explosión, y el Barón quedó envuelto en una nube de humo gris.

Cuando la humareda se despejó, pudo verse al Barón caído boca abajo delante de la tribuna, tan muerto como la merluza de la semana anterior.

La conmoción fue terrible entre los espectadores, poseídos de una catarsis emocional, a excepción de un inglés solitario, vestido de un modo estafalario, que gritó con voz firme:

—¡El caballo! ¿Está bien el caballo?

Después de asegurarse de que el caballo del Barón estaba completamente ileso, el inglés volvió a dejarse caer en su asiento, murmurando que era absolutamente injusto para los caballos hacer estallar explosivos cerca de ellos, y que en *algunos* países el autor de semejante atropello tendría que vérselas inmediatamente con la policía.

En este país en particular, el autor de aquel acto tuvo que vérselas también inmediatamente con la policía. El responsable apareció en seguida, saliendo del establo y despojándose de su disfraz.

Antes había sido Enrico 1°; ahora se mostraba como Marcello Polletti, un hombre de cuarenta, o quizá treinta y nueve, años, con un rostro atractivo y melancólico, una sonrisa tímida y una estatura algo superior a la mediana. Tenía unos pómulos altos y salientes sugiriendo profundas reservas de pasión, un aire de escepticismo congénito, y unos ojos leonados que reflejaban cierta indolencia en el hombre. Aquellas características fueron inmediatamente aparentes para los varios millares de personas que se encontraban en las gradas y que las comentaron favorablemente.

Polletti saludó a la multitud que aplaudía entusiasmada y mostró su Licencia de Cazador al agente de policía más próximo.

El policía examinó la tarjeta, la taladró, y se la devolvió a Polletti.

—Todo en orden, señor. Y quiero ser el primero en felicitarle por un asesinato excitante y estético al mismo tiempo.

—Es usted muy amable —dijo Marcello. Ahora estaba rodeado por una multitud de reporteros, buscadores de emociones y admiradores de todos los tipos y pelajes. La policía alejó a todo el mundo salvo a los auténticos periodistas, y Marcello contestó a sus preguntas con tranquila dignidad.

—¿Por qué utilizó usted el sistema del alto explosivo en las espuelas del Barón? —preguntó un reportero francés.

—Me pareció el más adecuado —respondió Polletti—. El hombre llevaba una chaqueta a prueba de balas.

El periodista asintió y garabateó en su cuaderno de notas:

"El entrechocar de tacones prusiano, que ha aterrorizado a tanta gente, pone una nota irónica en el desenlace de esta Caza. Morir al realizar un acto de simbólica arrogancia —un acto que presupone una valía superior, que a su vez presupone inmortalidad— es algo que sin duda puede calificarse de *muerte existencial*. Al menos, eso es lo que nos sugieren las palabras del Cazador Marel Poeti..."

—¿Cómo cree usted que se desenvolverá como Víctima en su próxima cacería? —preguntó un periodista mejicano.

—No puedo saberlo —respondió Polletti—. Pero no cabe duda de que sólo podrá terminar de una u otra manera.

El periodista asintió y escribió:

"Mariello Polenzi mató con placidez, y contempla su propia ruina inminente con la misma ecuanimidad. En esto podemos ver la afirmación universal del *machismo*, esa cualidad varonil que pone en juego la vida sólo a través de la aceptación impasible de la muerte..."

—¿Es usted duro? —preguntó una periodista norteamericana. — Decididamente, no —dijo Marcello.

Ella escribió:

"Una aversión a la jactancia unida a una suprema confianza en sus propias facultades convierten a Marcello Polletti en un hombre singularmente aceptable para las normas de conducta norteamericanas..."

—¿Teme usted que le maten? —preguntó un reportero japonés.

—Desde luego —respondió Marcello.

"El Zen, al menos en uno de sus aspectos —escribió el reportero—, es el arte de ver las cosas tal como son; Marcello Polletti, al contemplar tranquilamente su propio miedo a la muerte, puede decirse que ha dominado su propio miedo a la muerte de un modo típicamente japonés. Aunque sigue en pie, inevitablemente, una pregunta: la admisión de Polletti de su miedo, ¿es una conquista magnífica de lo inconquistable, o una simple admisión de lo inadmisibile?"

Polletti recibió una cantidad considerable de publicidad. No era cosa de todos los días la "voladura" de un hombre en el Concurso Hípico Internacional. Era un hecho que constituía noticia.

Y ayudaba a ello, desde luego, el que Polletti fuera atractivo, modesto, despreocupado, viril y, por encima de todo, cotizable.

### III

Una gigantesca computadora chasqueaba y chirriaba, destellaba luces rojas y ondulaba luces azules, apagaba puntitos blancos y encendía puntitos verdes. Era la Computadora de los Juegos, la gran máquina que tenía duplicados en todas las capitales del mundo civilizado y que arbitraba los destinos de todos los Cazadores y Víctimas. Seleccionaba y emparejaba al azar a los antagonistas individuales, registraba los resultados de sus enfrentamientos, otorgaba premios en metálico a los ganadores, transmitía el pésame a los familiares de los derrotados, y alternaba a los jugadores supervivientes como Víctima o Cazador, ya que debían seguir jugando irrevocablemente hasta que uno de ellos había alcanzado el límite arbitrario de diez.

Las normas eran simples: la Caza estaba abierta a todo el mundo, hombre o mujer, sin discriminación de raza, religión ni nacionalidad, de edades comprendidas entre los dieciocho y los cincuenta años. Los que entraban en el juego lo hacían por diez Cacerías, sirviendo alternativamente cinco veces de Víctima y cinco de Cazador. Los Cazadores recibían el nombre, la dirección y la fotografía de su Víctima; las Víctimas eran informadas simplemente de que tenían a un Cazador detrás de ellas. Todos los asesinatos tenían que ser realizados personalmente, y se sancionaba severamente el asesinato, por error, de una persona que no fuera la Víctima. Los premios en metálico aumentaban su cuantía a medida que aumentaba el número de asesinatos. Un Ganador Absoluto —diez asesinatos— se aseguraba para siempre ilimitados privilegios civiles, financieros, políticos y morales.

La cosa no podía resultar más fácil. Tan fácil como caerse por un precipicio.

Desde que se instauraron las Cacerías no se habían producido guerras importantes; sólo incontables millones de pequeñas guerras, reducidas al menor número posible de contendientes: dos.

La Caza era completamente voluntaria, y su objetivo estaba de acuerdo con la más práctica y realista de las perspectivas. Si alguien deseaba matar a alguien, se argumentaba, ¿por qué no dejar que lo intentara, en el supuesto de que pudiera encontrarse a otro alguien que también deseara matar a alguien? De esa manera podían asesinarse el uno al otro y dejar al resto de la humanidad en paz.

A pesar de su aparente supermodernismo, el Juego de la Caza, en principio, distaba mucho de ser una absoluta novedad. Era una regresión cualitativa a una época más antigua y más feliz, cuando mercenarios a sueldo se encargaban de combatir y los no combatientes permanecían al margen de la lucha, hablando de sus cosechas.

La Historia es cíclica. Una sobredosis de *yin* se transforma irrevocablemente en *yang*. La época del ejército profesional (y con frecuencia no combatiente) quedó atrás, y empezó la época del ejército en masa. Los agricultores ya no podían hablar de sus cosechas: tenían que luchar por ellas. Y aunque no tuvieran ninguna cosecha que defender, tenían que luchar. Los obreros de las fábricas se encontraban involucrados en intrigas bizantinas al otro lado del océano, y los dependientes y oficinistas portaban armas en selvas exóticas y a través de cumbres heladas.

¿Cómo lo aceptaban? En aquella época todo había parecido muy claro. Se habían esgrimido muchos motivos, y cada hombre adoptaba el más adecuado a su propia emotividad personal. Pero lo que parecía obvio en un momento determinado fue perdiendo validez a medida que pasaron los años. Profesores de historia, expertos en economía, psicólogos y antropólogos empezaron a argüir, a objetar, a contraopinar y a establecer la necesidad de poner las cosas en claro.

El granjero, el dependiente, el oficinista y el obrero de la fábrica esperaron pacientemente a que alguien les explicara por qué eran enviados en realidad a la muerte. Al no obtener ninguna respuesta convincente, empezaron a mostrarse irritados, resentidos e incluso coléricos. Ocasionalmente, volvían sus armas contra sus propios gobernantes.

Aquello, desde luego, no podía ser tolerado. Pero la creciente intransigencia de la gente, añadida a la posibilidad tecnológica de acabar con todo y con todos, sobrecargó definitivamente el *yang*, haciendo aparecer el *yin*.

Después de cinco mil años, aproximadamente, de historia registrada, la gente empezó por fin a abrir los ojos. Incluso los gobernantes, que como es sabido son los hombres más lentos en cambiar, se dieron cuenta de que había que hacer algo.

Las guerras no conducían a nadie a ninguna parte; pero seguía existiendo el problema de la violencia individual, que innumerables años de coerción religiosa y policíaca no habían logrado extirpar.

La respuesta, momentáneamente, fue la Caza legalizada.

Ese, naturalmente, es un punto de vista sobre el desarrollo de la institución. Pero no sería justo omitir que no todo el mundo está de acuerdo con esta interpretación. Como de costumbre, los profesores de historia, los expertos en economía, los psicólogos y los antropólogos continúan arguyendo, objetando, contraopinando y hablando de la necesidad de poner las cosas en claro.

De modo que, teniendo en cuenta sus objeciones, nos quedamos solamente con el hecho irreducible de la Caza en sí; un hecho tan extraño como los ritos

funerarios del antiguo Egipto, tan normal como las ceremonias de iniciación de los Sioux, y tan increíble como la Bolsa de Nueva York.

En el análisis final, la existencia de la Caza sólo es explicable debido a su existencia: ya que, al menos según una opinión eminente, *nada* justifica la existencia de *algo*.

Destellaron luces, chasquearon circuitos, oscilaron relés, giraron ruedecillas. Revolotearon tarjetas perforadas como palomas blancas, y la Computadora de los Juegos unió dos vidas.

Caza ACC1334BB: Cazador, Caroline Meredith. Víctima, Marcello Polletti.

#### IV

—Caroline —dijo el señor Fortinbras—, quiero felicitarla por su excelente asesinato.

—Muchas gracias, señor —dijo Caroline.

—¿Es su noveno, creo?

—En efecto, señor.

—Sólo le falta uno, ¿eh?

—Sí, señor. Si tengo éxito.

—Lo tendrá —le aseguró Fortinbras—. Lo tendrá, porque yo, J. Walstod Fortinbras, *digo* que lo tendrá.

Caroline sonrió modestamente. Fortinbras sonrió inmoderadamente. Era el jefe de Caroline, director del UUU Teleplex Ampwork. Era un hombre bajito que trataba de encontrar grandeza en lo grandioso, y cuya afición a lo vulgar sólo era superada por el placer que le proporcionaba la ruindad. Se echó hacia atrás en su asiento, se frotó la manga de su chaqueta (confeccionada con Fulani auténtico), dio una chupada a un enorme cigarro, escupió sobre la alfombra de Bokhara de siete centímetros de espesor, se limpió los labios con un pañuelo de encaje tejido por brahmanes indigentes a orillas del Ganges, y se rascó la frente con una bruñida uña para dar a entender que estaba pensando.

No estaba pensando, desde luego; estaba intentando, como había estado intentado durante muchos años, caracterizarse a sí mismo. El hecho era que el señor Fortinbras no poseía *absolutamente ningún carácter*. Profesionales de reconocido prestigio habían trabajado durante años enteros para corregir aquel defecto, inútilmente. Esta era la única cruz que pesaba sobre los hombros del señor Fortinbras.

—La próxima vez será usted una Cazadora, ¿eh? —le preguntó a Caroline.

—En efecto, señor.

—¿Le han notificado ya quién va a ser su próxima Víctima?

—Sí, señor Fortinbras. Se trata de un hombre llamado Marcello Polletti, que vive en Roma.

—¿Roma, Nueva York? —preguntó Fortinbras.

—Roma, Italia —rectificó Caroline suavemente.

—Bueno, mucho mejor —dijo Fortinbras—. Probablemente más pintoresco. Se me ha ocurrido una idea, y quiero que todos ustedes la estudien a fondo y me comuniquen su leal y sincera opinión. Dado que tenemos un potencial Ganador Absoluto aquí, en nuestra propia oficina, la idea es: ¿por qué no rodamos un documental sobre su décimo asesinato? ¿Eh?

Caroline asintió pensativamente. Además de Fortinbras y ella, había otros tres hombres en la oficina, todos ellos jóvenes, atractivos, inteligentes y detestables.

—¡Sí, *su* —gritó Martin. En su calidad de ejecutivo de más edad y Productor adjunto, era el único (aparte del propio Fortinbras) al que le estaba permitido utilizar signos de exclamación. —Ha dado usted en el clavo, Jefe —dijo Chet suavemente. (Si no recordaba mal, durante el año anterior se habían rodado treinta y siete documentales sobre diversos aspectos de la Caza).

—Personalmente, no estoy tan seguro —dijo Colé. Era el ejecutivo más joven y, como tal, corría a su cargo la desagradable tarea de mostrarse en desacuerdo con su jefe, dado que Fortinbras no toleraría verse rodeado de hombres-sí-señor. Colé odiaba el trabajo, dado que siempre tenía la impresión de que Fortinbras estaba en lo cierto. Soñaba en el día en que sería contratado un cuarto ejecutivo, y él podría decir sí.

—Tres contra uno —dijo Fortinbras, humedeciendo repulsivamente la punta de su cigarro—. Creo que es usted minoría, ¿eh, Colé?

—Eso parece —dijo Colé alegremente—. Considero que es mi deber expresar mis opiniones, pero puedo asegurarle que no tengo la menor confianza en ellas.

—Eso es lo que me gusta de usted —dijo Fortinbras—. Honradez y rectitud de juicio son dos cualidades que pueden llevar a un hombre muy lejos, Colé, no lo dude. Ahora, veamos... Supongamos que lo llamamos *El Momento de la Verdad*.

Todo el mundo ocultó sus parpadeos admirablemente.

—Eso, desde luego, es meramente aproximativo —añadió Fortinbras—. Hay otras muchas posibilidades... Por ejemplo, ¿qué les parece *El Instante de Candor*?

—¡Me gusta mucho! —se apresuró a decir Martin—. ¡Resulta muy expresivo!

—Bueno, bueno, sí, es realmente bueno —dijo Chet, saboreando el horror del título con los ojos semicerrados. —Creo que le falta algo —dijo Colé angustiadamente.

—¿Qué es lo que le falta, concretamente? —preguntó Fortinbras.

A Colé nunca le habían pedido que explicara por qué estaba en desacuerdo con algo. Ahora sintió formarse un nudo en su garganta y una helada opresión en la boca del estómago. Aquellos, lo sabía muy bien, eran síntomas seguros de un ataque de desempleo.

Martin, cuya bondad de corazón era proverbial tan al oeste de Nueva York como la Décima Avenida, acudió en ayuda de su compañero.

—Creo —dijo— que lo que Colé había pensado era probablemente uno de esos títulos detonantes pasados de moda. Como llamarlo simplemente DIEZ.

—O quizá no lo había pensado —dijo Chet, cubriendo rápidamente a Martin.

—Creo que había pensado algo —dijo Colé, cubriendo apresuradamente a sus dos compañeros—. Pero, desde luego, esos títulos cortos y detonantes ya no se llevan...

Se interrumpió. Fortinbras, con el dedo corazón de su mano derecha apoyado en una ceja, estaba meditando. Transcurrieron los segundos. Fortinbras cerró sus indescriptibles ojos, y luego volvió a abrirlos.

—Diez —dijo, con voz apenas audible.

—Anticuado —comentó Martin—. Pero, desde luego, las modas van y vienen y nunca se sabe...

—Diez —dijo Fortinbras, saboreando la palabra como si fuera un pirulí.

—Puede tener ciertas posibilidades —admitió Chet—; aunque, desde luego, debemos recordar siempre...

—¡DIEZ! —gritó Fortinbras triunfalmente—. ¡Sí, sí, DIEZ! Me dice algo, caballeros, de veras que me dice algo. Hmmm... —Dio otra chupada a su horrible cigarro, expelió una bocanada de humo no menos horrible, y dijo—: ¿Ha habido otra mujer Ganadora Absoluta?

—No, que yo sepa —respondió Martin—. Al menos, no en los Estados Unidos.

—Bueno, eso es lo que nos interesa a nosotros —dijo Fortinbras—. Aunque hemos tenido unas cuantas finalistas, ¿no es cierto?

—La señorita Amelia Brandome fue la última —dijo Martin—. Obtuvo su novena victoria hace ocho años.

Martin se había pasado la noche anterior en vela, recopilando datos, intuyendo los acontecimientos del día siguiente. Gracias a ese tipo de intuiciones Martin era Productor Adjunto.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Fortinbras.

—Se descuidó, debido a un exceso de confianza. Una víctima masculina acabó con ella en su décima tentativa. Utilizó un revólver cargado con esperma de ave.

—No parece que esa sea un arma particularmente *mortífera* —comentó Fortinbras.

—En este caso lo fue —dijo Chet—. El arma fue disparada desde una distancia de cinco centímetros, aproximadamente.

—No queremos que usted incurra en un exceso de confianza, Caroline —dijo el señor Fortinbras, con una risita.

—No, señor. Yo tampoco quiero incurrir en él —dijo Caroline.

—De otro modo, podría usted encontrarse sin empleo —dijo Fortinbras, en una lamentable tentativa de hacerse el gracioso.

—Y podría encontrarme también sin vida —replicó Caroline. Todo el mundo acogió con grandes risas la ingeniosa salida de Caroline. Cuando las risas se apagaron, Fortinbras volvió al negocio.

—De acuerdo, muchachos —dijo—. Empiecen a prepararlo todo para el viaje, y no pierdan tiempo. Saldrán pasado mañana, a las diez, y a las diez y media estarán en Roma. Y ya saben el tono que deseo: mortalmente serio, pero con una leve pincelada de humor. No se molesten en rodar secuencias de fondo, limítense a captar el asesinato de un modo impresionante y espectacular, pero también con humor y dignidad. Usted sabe lo que quiero decir, ¿no es cierto, Martin?

—Creo que sí, señor —dijo Martin. Había estado pensando por Fortinbras durante tres años, desde que se había convertido en Productor Adjunto. Al año siguiente, imaginaba, estaría en condiciones de ocupar el puesto de Fortinbras.

No podía negarse que Fortinbras era estúpido; pero no era *absolutamente* estúpido. Estaba planeando despedir a Martin inmediatamente después del rodaje de este documental. Pero ese era un secreto que Fortinbras no había revelado a nadie, ni siquiera a su analista.

El Ministerio de la Caza, en Roma, era un enorme edificio moderno construido en un estilo pseudorrománico con incrustaciones góticas. Marcello Polletti, el que ayer terminara con el Barón von Richtoffen, subía ahora por la amplia escalinata principal del edificio. De pronto, varias figuras de aspecto siniestro vestidas enteramente de negro se despegaron de la balaustrada y se acercaron a él.

—Oiga, ¿quiere comprar un detector de metales de bolsillo? —inquirió con vehemencia uno de aquellos individuos.

—No sirve de nada contra un arma de plástico —dijo Marcello.

—Da la casualidad —dijo un segundo individuo— de que tengo también un detector de plásticos.

Polletti sonrió desmayadamente, se encogió de hombros y agitó la cabeza.

Un tercer hombre dijo:

—Perdone, señor, pero parece usted un hombre que podría utilizar a un buen Localizador.

Polletti continuó subiendo por la escalera.

—Pero usted *necesita* un Localizador —insistió el hombre—. ¿Cómo espera identificar a su Cazador si no es a través de los servicios altamente especializados de un Localizador? Obtuve mi certificado primario en Palermo, y mi clasificación de segunda categoría en Bolonia, y tengo también cartas de recomendación de numerosos clientes agradecidos.

Agitó un fajo de manoseados papeles ante el rostro de Polletti, el cual murmuró que lo sentía mucho y apresuró el paso. Llegó ante las grandes puertas de bronce del Ministerio, y los hombres vestidos de negro regresaron resignadamente a sus apostaderos a lo largo de la balaustrada exterior.

Polletti cruzó vestíbulos llenos de gente y dejó atrás polvorientas vitrinas con armas de Caza, dejó atrás mapas mundiales mostrando puntos de concentración de Caza, dejó atrás grupos de turistas y de escolares a los que unos guías mal afeitados y peor uniformados explicaban la historia de la Caza, Finalmente llegó a la oficina que deseaba.

Como un proyectil dirigiéndose hacia su blanco, Polletti avanzó en línea recta, trayectoria plana y a considerable velocidad, hasta un escritorio con una placa de PAGOS. Detrás de él se sentaba el empleado encargado de los pagos, un hombre especialmente escogido para aquella función por su porte envarado, severo, inflexible, y también por sus hombros caídos, su cuello flaco y huesudo y sus gafas con montura de acero.

—Vengo a por el dinero del premio —dijo Polletti, entregándole al empleado su tarjeta de identidad—. Tal vez haya oído hablar de cómo eliminé al Barón Richtoffen en el Concurso Hípico. Viene en todos los periódicos.

—Nunca leo los periódicos —afirmó el empleado—. Y tampoco escucho ni tomo parte en conversaciones sobre carreras ciclistas, partidos de fútbol o Cazas. ¿Cómo ha dicho que se llama? —Polletti —dijo Polletti, con la cresta ligeramente caída. Deletreó el apellido.

El empleado se volvió hacia su archivo, que incluía a todos los Cazadores y Víctimas de la zona de Roma. Con dedos expertos movió rápidamente las tarjetas, y extrajo la de Marcello como una gallina cogiendo con el pico un grano de maíz.

—Sí —dijo finalmente el empleado, después de comparar la fotografía de Polletti en la tarjeta del archivo con la fotografía de Polletti en la tarjeta de

identidad de Polletti, y comparar luego las dos fotografías con el verdadero (o supuestamente verdadero) Polletti que tenía en frente.

—¿Está todo en orden? —preguntó Marcello.

—Completamente en orden —dijo el empleado.

—Entonces, ¿puedo cobrar mi premio?

—No. Ya ha sido reclamado.

Por un instante, Polletti pareció un hombre al que acaba de morder una víbora. Pero recobró inmediatamente su compostura y preguntó:

—¿Quién lo ha reclamado?

—Su esposa, la signora Lidia Polletti. Es su esposa, ¿no?

—Lo era —dijo Marcello.

—¿Se han divorciado ustedes?

—Matrimonio anulado. Hace dos días.

—Los cambios de estado civil tardan una semana, y a veces diez días, en llegar a esta oficina. *Podría* presentar usted una reclamación, desde luego.

El empleado dejó asomar a su rostro una sonrisita irónica para expresar lo que pensaba de las probabilidades que tendría Marcello de recuperar su dinero.

—No tiene importancia —dijo Marcello, dando media vuelta y empezando a alejarse. No hay que rebajarse hasta el punto de manifestar lo que se siente delante de un empleado; pero uno necesita el dinero tanto como un empleado, y probablemente mucho más. ¡Aquella Lidia! Era capaz de moverse con la velocidad de un cohete cuando había dinero a la vista.

Saliendo del Ministerio, Marcello empezó a cruzar la calle. Quedó más bien sorprendido cuando una hermosa rubia corrió hacia él, le rodeó el cuello con sus brazos y le besó apasionadamente. No era una cosa que ocurriera todos los días; y, como de costumbre, cuando ocurría era en el momento menos propicio y cuando él no estaba de humor...

Trató de librarse del abrazo, pero la muchacha se pegó a él, suplicando:

—Oh, por favor, por favor, señor, cruce conmigo la calle hasta la entrada del Ministerio, y una vez allí podré arreglármelas sola.

Marcello comprendió entonces lo que pasaba. Se desprendió suavemente de los brazos de la joven y se apartó de ella.

—No puedo ayudarla —le dijo—. Va contra la ley. Verá, yo también estoy en la Caza.

La hermosa rubia (no podía tener más de diecinueve o veinte años, o veintiocho como máximo) contempló a Marcello mientras éste se alejaba, y se dio cuenta de que estaba expuesta, absoluta y despiadadamente, en la ancha calle bañada por el sol. De repente, dio media vuelta y echó a correr hacia el Ministerio.

Un Maserati (aquel modelo particular era conocido popularmente como El Victimario) surgió de una calle lateral y se precipitó directamente hacia ella. La muchacha hizo un regate con el cuerpo como un matador esquivando a un toro. Pero este toro en particular poseía frenos de disco, que aplicó con vehemencia, parando el coche en un semicírculo alrededor de la muchacha.

El rostro de la muchacha se había endurecido. Del bolso que colgaba de su hombro extrajo una abultada pistola automática, quitó el seguro y disparó una ráfaga.

Pero era tristemente obvio que no había cargado su arma con proyectiles capaces de perforar un blindaje. Sus balas se estrellaron inofensivamente

contra la resplandeciente coraza del Maserati, y el conductor, esperando su oportunidad, se apeó por el lado contrario de su automóvil y acribilló a la muchacha con una metralleta anticuada.

Cuando todo hubo terminado, un agente de policía salió del portal en el que se había guarecido, saludó cortésmente, revisó la tarjeta de la Víctima y luego la del Cazador, que taladró.

—Felicidades, señor —dijo el policía—. Y también mis disculpas —añadió, entregando un boleto al hombre.

—¿Qué es esto? —preguntó el hombre.

—Una multa de tráfico, señor —dijo el policía. Señaló al Maserati, cruzado a través de la calle y bloqueando el tránsito.

—Pero, mi querido amigo —dijo el hombre—, no podía llevar a cabo el asesinato sin un frenazo de emergencia...

—Lo comprendo perfectamente —respondió el policía—, pero no podemos hacer excepciones, ni siquiera con los Cazadores.

—Absurdo —dijo el hombre.

—La joven también ha violado la ley —observó el policía—, puesto que ha cruzado la calle con el disco rojo. Pero en su caso podemos condonarle la multa, dado que está muerta.

—¿Y si ella me hubiera matado a mí? —preguntó el hombre.

—En ese caso, la hubiera multado a ella —dijo el policía—, y habría hecho la vista gorda en lo que respecta a la infracción cometida por usted.

Polletti se alejó. Las discusiones por asuntos de poca importancia le aburrían casi tanto como las discusiones por asuntos importantes.

Había recorrido menos de una manzana cuando un descapotable color rojo sangre se detuvo junto a la acera, a su altura, con un impresionante chirrido de frenos. Polletti se agachó instintivamente y miró a su alrededor en busca de un refugio. Como de costumbre, no había ninguno. Tardó unos instantes en darse cuenta de que la mujer que estaba detrás del volante era simplemente Olga.

Era una joven delgada, morena, elegante, vestida exquisitamente aunque de un modo algo teatral. Sus ojos eran negros y grandes y muy brillantes, como los ojos de un lobo famélico. Era una mujer sumamente atractiva en su estilo, el cual podría ser descrito como paranoia esquizofrénica homicida con incrustaciones de espíritu retozón.

A los hombres les gusta jugar con el peligro, pero no todos los días. Polletti había estado jugando con Olga durante la mayor parte de doce años.

—Lo he *visto* —dijo Olga en tono sombrío. (Siempre hablaba en tono sombrío, excepto cuando hablaba en tono histérico).

—¿Lo has visto? ¿Qué es lo que has visto?

—*Todo* —dijo Olga.

Polletti intentó sonreír.

—Bueno, si lo has visto todo, seguramente te habrás dado cuenta de que no había nada que ver. Polletti alargó una mano para posarla en el hombro de Olga. Olga dio marcha atrás y retrocedió unos cuantos metros. Polletti dejó caer su mano y retrocedió a su vez hasta el automóvil.

—Querida —empezó de nuevo—, si lo has visto todo, te habrás dado cuenta de que entre esa desdichada joven y yo no había absolutamente nada.

—Desde luego que no —dijo Olga—. *Ahora, no.*

—Ni ahora ni en cualquier otro momento —dijo Polletti—. Tienes que creerme, Olga. No la había visto nunca.

—Tienes carmín en los labios —observó Olga en tono sombrío, pero con un toque de histeria.

Polletti se frotó apresuradamente la boca con el dorso de la mano.

—Querida —dijo—, puedo asegurarte que entre esa desdichada niña y yo no...

—Siempre te han gustado muy jóvenes, ¿no es cierto?

—..había nada, absolutamente nada.

—Nada más que sueños, ¿eh, Marcello?

Se miraron fijamente el uno al otro por espacio de unos segundos. Era evidente que Olga esperaba más explicaciones, para refutarlas triunfalmente. Polletti no dijo nada. La expresión de su rostro había cambiado de la súplica ritual al fastidio de costumbre. Uno le debía algo a la mujer con la que había vivido durante doce años; algo, pero no esto.

Bruscamente, se alejó del automóvil y empezó a buscar un taxi. Olga avanzó de nuevo y frenó al lado de Polletti. Sin pronunciar una sola palabra, Marcello subió al automóvil y se sentó al lado de Olga.

Olga dijo:

—Marcello, eres un embustero y un farsante.

Marcello asintió, cerró los ojos y se reclinó contra el acolchado respaldo.

—Si no te amara tanto, te mataría.

—Aún estás a tiempo —dijo Polletti, sin abrir los ojos.

—Es posible que lo haga —dijo Olga—. Pero antes quiero que me veas con mi vestido nuevo. —Se echó a reír y apretó el brazo de Polletti—. Creo que voy a gustarte con él, Marcello. Lo creo de veras.

—Yo estoy seguro de ello —dijo Polletti, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada sobre el acolchado respaldo.

—¿Por qué son tan cerdos los hombres? —le preguntó Olga al mundo en general. Al no obtener respuesta, apretó el acelerador y el automóvil salió disparado como un huracán perseguido por un tornado. Polletti mantuvo los ojos cerrados, dejando volar libremente su imaginación hacia un mundo de descabelladas fantasías.

## VI

Un gran jet de pasajeros de alas triangulares voló en círculo a gran altura encima de Roma. Al recibir la señal, descendió hacia el Aeropuerto de Fiumicino. Varias banderolas se alzaron, otras descendieron; el jet tocó la pista de hormigón, los motores se apagaron, un pequeño paracaídas de cola se abrió y arrastró a un gran paracaídas; de cola detrás de él. Los frenos entraron en acción, se musitaron unas plegarias en el compartimiento de los pilotos, y la impresionante aeronave se detuvo, como de mala gana.

Se abrieron las puertas, vomitando una oleada de seres humanos. Entre ellos había un pequeño grupo de tres hombres homogéneos y una mujer espectacular. Una azafata especial acompañó a aquellos cuatro pasajeros hasta un helicóptero posado muy cerca, en tanto que el resto del rebaño era transportado en autobús hasta la terminal del aeropuerto.

Los cuatro subieron a bordo. El helicóptero despegó verticalmente y no tardó en volar sobre Roma. Caroline había ocupado inmediatamente el asiento de honor al lado del piloto, mientras Martin, Chet y Colé se apretujaban en el

asiento posterior. Martin, que había sido ascendido temporalmente a la elevada categoría de Productor Jefe de Producción (Ejecutivo), estaba garabateando en un cuaderno de notas. Chet, el segundo en graduación, se mordía el labio pensativamente. Colé, en su calidad de miembro más joven, no podía hacer nada más que aparentar perspicacia y energía.

Martin apartó la vista del cuaderno de notas y miró hacia abajo a través del suelo de plexiglás.

—Hey, ¿no es eso San Pedro?

—En efecto —dijo Chet.

—¿Creéis que nos lo alquilarían por un par de días? Un contraste irónico si el asesinato se llevara a cabo ahí, ¿eh?

—Yo podría disfrazarme de monja —dijo Caroline en tono soñador.

—Temo que San Pedro no está a nuestro alcance —dijo Chet. En su calidad de Productor Adjunto temporal, y en consecuencia segundo Jefe, había realizado una exhaustiva investigación preliminar.

—No me refiero a la iglesia —dijo Martin—. Lo único que necesitamos es la plaza, tal vez con unas cuantas instantáneas de la iglesia como fondo.

—No nos permitirán hacerlo —dijo Chet.

—¿Por qué no lo rodamos en un estudio? —sugirió Colé.

Sus dos superiores le miraron.

—Olvida esa idea —dijo Martin severamente—. Y recuerda que esto es un *documental*, es decir, la cosa real.

—Lo siento —dijo Colé—. Hey, ¿qué es eso de ahí?

—La Fontana de Trevi —dijo Chet—. Un bonito escenario.

—Sí —dijo Martin—, es un bonito escenario. —Se volvió hacia Caroline—. ¿Qué opinas, nena? Le matas ahí, rodamos una toma de arriba a abajo para mostrar el cadáver de Polletti flotando en el agua, luego te enfocamos a ti, sonriendo triunfalmente pero con una leve pincelada de tristeza, arrojándole un par de monedas. Después, un *crescendo* de los ruidos de la calle y tú alejándote lentamente a lo largo de una calle empedrada con guijarros, y el fundido final.

Chet dijo:

—No creo que ninguna de las calles alrededor de la Fontana de Trevi esté empedrada con guijarros.

—Bien, construiremos una calle empedrada con guijarros —dijo Martin impacientemente—, y si no les gusta volveremos a dejarla como estaba, después de rodar la secuencia.

—Una buena idea —dijo Chet juiciosamente—. Una idea realmente buena.

—Tiene clase —dijo Colé—. Tiene realmente clase.

Todos se volvieron hacia Caroline. Caroline dijo:

—No.

Martin dijo:

—Escucha...

—Escúchame *tú* —dijo Caroline—. Este es *mi* asesinato, mi Décimo asesinato, y quiero que sea algo grande. ¿Sabes a lo que me refiero al decir *grande*? Me refiero a algo realmente *grande*.

—Grande —repitió Martin. Chet se mordió el labio pensativamente. Colé aparentó perspicacia y energía.

—En efecto, *grande* —afirmó Caroline. En su voz había una nota acerada que ninguno de ellos había captado nunca. Martin encontró algo desalentadora

la confianza en sí misma de Caroline. No le gustó: dadle a una mujer unos cuantos asesinatos, y se cree capaz de cualquier cosa.

—No hay tiempo para lo grande —explicó Martin—. Tenemos que rodar esto mañana por la mañana.

—Eso es problema vuestro —dijo Caroline.

Martin buscó debajo de sus gafas oscuras, encontró sus ojos y se los frotó. Trabajar con mujeres era bastante duro; trabajar con mujeres asesinas era sencillamente para enloquecer.

Chet dijo, en tono casual:

—Hmmm, se me ocurre una idea para un escenario. ¿Qué os parece si utilizáramos el Coliseo? Está ahí, debajo de nosotros.

El helicóptero descendió, y todos estudiaron el impresionante óvalo medio en ruinas.

—No sabía que era tan *grande* —dijo Colé.

—Me gusta —dijo Caroline.

—Bueno, no está mal —admitió Martin—. Pero mira, nena, se tarda mucho en poder disponer de un lugar como ése, y nosotros no disponemos de demasiado tiempo. ¿No podrías arreglarte con la Fontana de Trevi o los Jardines Borghese?

—Aquí es donde llevaré a cabo mi asesinato —dijo Caroline implacablemente.

—Pero los arreglos...

—Bueno, Martin —le interrumpió Chet—, da la casualidad de que pensé que ese lugar podría convenirnos, de modo que me tomé la libertad de negociar una opción sobre él; por si las moscas...

—¿Lo hiciste?

—Sí, lo hice. La idea se me ocurrió anoche, a última hora, y desde luego no deseaba hacerlo sin consultártelo previamente, pero tampoco quería amargarte el sueño con lo que tal vez no era más que una tontería. De modo que llamé a Roma y arreglé lo de la opción, y te aseguro que en ningún momento he tenido la intención de pisarte el terreno ni nada por el estilo... —Olvídalo —dijo Martin, palmeando afectuosamente el hombro de Chet—. Hiciste lo que había que hacer.

—¿De veras? —preguntó Chet.

—Lo hiciste, y eso es un hecho. Caroline está satisfecha, el resto de nosotros está satisfecho, de modo que manos a la obra. Tenemos que emplazar nuestras cámaras, y decidir cómo utilizaremos a las Roy Bell Dancers, y otras muchas cosas.

Caroline, sonriendo beatíficamente, dijo:

—¡Voy a matar en el Coliseo! Es como una especie de descabellado sueño infantil convertido en realidad.

—Desde luego —dijo Martin—. Pero ahora tenemos que ponernos en movimiento, prepararlo todo, localizar a ese Polletti y hacerle acudir a la hora precisa...

—Yo me encargo de eso —dijo Caroline.

—Estupendo —dijo Martin—. El resto de nosotros tendremos las manos muy ocupadas. ¡Hey, piloto, dese prisa!

El helicóptero se zambulló hacia la Via Véneto. Los cuatro pasajeros se reclinaron en sus asientos, sonrientes y relajados. Martin estaba pensando que había llegado el momento de librarse de Chet, antes de que Chet se librara de

él. Negociar la opción sobre el Coliseo sin consultarle previamente había sido una idea *demasiado* inteligente.

## VII

Polletti se estaba moviendo en medio de una oscuridad absoluta, total. Aquello era bastante malo. Pero peor que la oscuridad era el absoluto y anormal silencio. Un silencio sepulcral. Sepulcral era una imagen muy natural para un hombre en su situación. Se veía a sí mismo en la desolación y la quietud de la muerte incipiente, y estaba asustado, nervioso y aburrido al mismo tiempo. Masticaba un trozo de chicle y también su labio inferior, dado que nadie podía verle salvo a través de un infrascopio. Tenía los brazos arqueados con las manos colgando al nivel de las caderas, ligeramente separadas del cuerpo, de acuerdo con las normas. Avanzaba lentamente, tensándose para captar incluso la más leve de las impresiones sensoriales.

De pronto, percibió de un modo fugaz un movimiento detrás de él y a su izquierda: un duende acercándose a él desde la hora 7, una de las peores situaciones posibles para un hombre que utiliza la derecha.

Polletti giró en sentido contrario a las saetas del reloj, dejándose caer al suelo y hacia un lado, fuera de la línea de fuego anticipada. Esta era la Maniobra Defensiva Número Tres, Primera Parte. Al mismo tiempo su mano derecha golpeó su bolsillo de pecho. Corno por arte de magia, su funda *Quickie* escupió un revólver en su mano. Ahora podía ver al duende: un hombre robusto y malcarado, que empuñaba una Luger. Pero Polletti estaba tumbado boca arriba y empezó a disparar, completando así la Segunda Parte de la Maniobra Defensiva Número Uno. Había completado toda la secuencia en un espacio de tiempo increíblemente corto. Experimentó una profunda sensación de júbilo, el placer de una tarea realizada a la perfección...

El duende se desvaneció, se encendieron las luces. Polletti estaba tumbado boca arriba sobre el polvoriento suelo de un gimnasio. A unos tres metros delante de él había un viejo que llevaba un sucio chándal gris y una expresión enfurruñada. El viejo estaba sentado en un taburete al lado de un cuadro de distribución y agitaba la cabeza con aire desaprobador.

—¿Y bien? —inquirió Polletti, poniéndose en pie y sacudiéndose el polvo—. ¿Cómo ha ido la cosa? Esta vez le he alcanzado, ¿no es cierto?

—Su tiempo-de-reacción —dijo el viejo— ha sido casi una décima de segundo demasiado lenta.

—He sacrificado el tiempo-de-reacción —dijo Polletti cautamente— en beneficio de la precisión y la exactitud.

—¿De veras? —dijo el viejo.

—Sí —dijo Polletti—. Esas son mis aptitudes naturales, Profesor.

—Bueno, puede usted olvidarse de ellas —dijo el Profesor Silvestre—. Ha fallado al duende en 3.2 centímetros.

—Me he acercado mucho —dijo Polletti.

—Pero no lo suficiente. —¿Qué me dice de mi Maniobra Defensiva Número Tres? —preguntó Polletti—. Creo que me ha salido bastante bien.

—Muy bien —dijo el Profesor—, y absoluta y fatalmente predecible. Una vaca podría haberse revuelto con más rapidez. El duende le mató a usted una vez mientras estaba girando, y otra vez cuando se dejó caer al suelo. Si

hubiese sido un verdadero Cazador, Marcello, en vez de una proyección tridimensional, estaría usted muerto por partida doble.

—¿Está seguro de eso?

—Lea los diales usted mismo.

—Bueno —dijo Polletti—, una cosa es practicar, y otra enfrentarse al hecho real.

—Desde luego —dijo el Profesor, en tono mordaz y con una inflexión de evidente ironía en su voz—. Uno tiende a ser *más lento* cuando se enfrenta al hecho real. ¿Recuerda cuantas veces disparó el duende?

—Dos veces —respondió Polletti sin vacilar.

—Cinco veces —le rectificó el Profesor Silvestre.

—¿Está absolutamente seguro de eso?

—Lea los diales. Yo mismo establecí la secuencia correspondiente.

—Fueron los ecos —dijo Polletti con amargura—. En una habitación como esta no pueden distinguirse los disparos de los ecos.

El Profesor Silvestre enarcó su ceja derecha, alzándola hasta el lugar en el que habrían empezado sus cabellos, si hubiese tenido cabellos. Se frotó el mentón sin afeitar y se apeó del taburete. Era una especie de enano feo, y ni siquiera su mejor amigo —si hubiese tenido alguno— le habría considerado enteramente humano. Numerosos Instructores del Juego llevaban las marcas de la enseñanza en sus cuerpos; Silvestre llevaba más que la mayoría. Su mano derecha era de acero inoxidable, y su mejilla izquierda de plástico; tenía también una lámina de plata en el cráneo, una barbilla de duraluminio y una rótula de oro de catorce quítales. Se rumoreaba que ciertas partes de su cuerpo menos visibles eran igualmente artificiales.

Hace muchísimo tiempo que los psicólogos saben que los hombres que han perdido porciones considerables de su anatomía tienden a convertirse en unos cínicos. Silvestre no era ninguna excepción a esta regla.

—En cualquier caso —dijo Polletti—, tengo la impresión de que estoy mejorando. ¿No lo cree usted así, Profesor?

Silvestre trató de enarcar su ceja derecha, pero descubrió que ya estaba enarcada a la mayor altura posible. En consecuencia, la desenarcó y cerró su ojo izquierdo del todo. Pareció a punto de hablar, pero desistió de hacerlo, reservándose su opinión.

—Vamos —dijo en tono animado—, realizaremos la prueba siguiente.

Pulsó un interruptor en su cuadro de distribución. Se abrió un panel, y un bar en miniatura surgió de la pared y se paró de un modo tan brusco que media docena de copas de champaña fueron lanzadas al aire. Polletti parpadeó mientras las copas se estrellaban contra el suelo.

—Le dije al mecánico que arreglara el muelle de retroceso —dijo el Profesor Silvestre—. Vivimos en una época de chapucerías... Vamos, Polletti, sigamos con la prueba.

El Profesor mezcló diestramente en un vaso varias bebidas de unas botellas sin etiqueta, y se lo entregó a Polletti.

Polletti olfateó cautelosamente, meditó unos instantes y dijo: —Ginebra y angostura, con sólo unas gotas de Tabasco.

Sin pronunciar una sola palabra, el Profesor preparó otra mezcla y se la entregó a Polletti.

—Vodka, limón y leche —declaró Polletti—, con unas gotas de vinagre de estragón.

—¿Está seguro? —preguntó el Profesor.

—Completamente seguro —dijo Polletti.

—Beba un poco, entonces.

Polletti levantó el vaso, miró a Silvestre, olfateó, frunció el ceño, y depositó el vaso sobre el mueble bar.

—Creo que prefiero no beber —dijo.

—Una juiciosa decisión —dijo Silvestre—. En esa mezcla no hay ni una sola gota del vinagre que usted olió, y sí una notable cantidad de mortífero arsénico.

Polletti sonrió para disimular su turbación y descubrió que estaba restregando los pies contra el suelo como un colegial. Dejó de restregar los pies y dijo:

—Estoy algo resfriado. En estas condiciones, cualquiera...

Una mirada del Profesor le redujo al silencio. Silvestre pulsó otro interruptor. Un sofá surgió de la pared, casi arrastrando la pared detrás de él al pararse de golpe. Los dos hombres se sentaron.

Tras un corto pero embarazoso silencio, Silvestre dijo:

—Marcello, hasta ahora, la vida ha sido muy agradable para usted.

—¿No puede decirse lo mismo de todos los hombres? —preguntó Polletti rápidamente—. Quiero decir, considerando la fortuita e inexplicable naturaleza de la propia vida...

El Profesor no pareció haberle escuchado. Inexorablemente, continuó: —La primera vez tuvo usted la suerte de ser escogido como Cazador, y emparejado con un inglés imbecil.

—No era un imbecil —protestó Polletti—. Era más bien listo, a su manera.

—Era una perita en dulce —continuó Silvestre—, el sueño de un Cazador. A continuación fue usted Víctima, pero el Cazador que le asignaron era un muchacho de diecinueve años que acababa de sufrir un desengaño amoroso. Eliminarle resultó asombrosamente fácil; en realidad, sospecho que el pobre muchacho buscaba simplemente una manera socialmente digna de suicidarse.

—Ni hablar —dijo Polletti—. Era un poco descuidado, sencillamente.

—Y la tercera vez fue usted Cazador, y le emparejaron con aquel ridículo Barón alemán incapaz de pensar en nada que no fueran caballos.

—Sí, el Barón resultó más bien fácil —admitió Polletti.

—¡Todos fueron fáciles! —exclamó Silvestre—. Pero, ¿cuánto cree que puede durar la buena racha? ¿Ha tenido usted en cuenta el cálculo de probabilidades? ¡No ha tropezado usted aún con un adversario competente! ¿Cree que siempre va a ser igual? ¿Cree sinceramente que podrá salir adelante sin unos reflejos rápidos, una gran intuición y un entrenamiento intensivo?

—Bueno —dijo Polletti—, no soy tan malo como todo eso. Hace casi veinticuatro horas que soy Víctima en mi cuarta Cacería, y no ha ocurrido absolutamente nada.

—Probablemente le están acechando —dijo Silvestre—. Es indudable que su Cazador le está estudiando, estableciendo la pauta de sus movimientos, esperando descubrir el momento más oportuno para atacarle. Y usted ni siquiera se ha dado cuenta de ello.

—Lo dudo mucho —dijo Polletti, con tranquila dignidad.

—¿De veras? Veamos cómo anda de identificación.

El Profesor Silvestre pulsó un interruptor de su cuadro de distribución. La habitación quedó a oscuras. Pulsó otro interruptor. Cinco figuras de tamaño

natural aparecieron en el otro extremo de la habitación. Cuatro de las figuras de aquella prueba particular eran inofensivas; "ángeles", en la terminología Cinegética, que había tomado prestadas muchas expresiones de la legendaria Segunda Guerra Mundial. Una de ellas era un duende. Polletti tenía que identificar al asesino disfrazado.

Polletti observó atentamente las figuras. Iban vestidas como un agente de policía, una *azafata* de la Swissair, un sacerdote jesuita, un portero de hotel y un árabe jordano. Avanzaron lentamente hacia el sofá y desaparecieron.

Silvestre encendió las luces.

—Bueno, ¿cuál de ellos era el Cazador?

—¿Puedo verlos otra vez? —preguntó Polletti.

Silvestre agitó la cabeza.

—Le he concedido ya un segundo adicional.

Marcello se rascó la barbilla, se pasó una mano por la nuca y dijo:

—Ese árabe jordano tenía un aspecto muy sospechoso...

—Erróneo —dijo Silvestre. Pulsó un interruptor, y el sacerdote jesuita apareció solo, algo fantasmal debido a que las luces de la habitación estaban encendidas, pero claramente visible—. Observe —dijo Silvestre—. El jesuita es un fraude inconfundible. Lleva la "J" de su orden en la parte derecha del pecho lo mismo que en la izquierda: ¡un fallo evidente!

—Nunca he prestado demasiada atención a los jesuitas —dijo Polletti, poniéndose en pie y haciendo sonar las monedas sueltas que tenía en el bolsillo.

—¡Roma está llena de ellos! —dijo Silvestre.

—Ese es el motivo de que nunca me haya fijado en ellos.

—¡Ese es el motivo por el que *tenía* que haberse fijado en ellos! —exclamó Silvestre—. El detalle fuera de lugar en lo más corriente es la pista más segura de todas. —Agitó tristemente la cabeza—. Cuando yo estaba en la Caza, se prestaba verdadera atención a esas cosas. Nada escapó nunca a mi observación.

—Nada, salvo aquel plátano explosivo —dijo Polletti.

—Ciertamente —admitió Silvestre—. Aquel tipo nigeriano descubrió mi debilidad por la fruta tropical.

—Y creo que existieron unos cuantos errores más —le recordó Polletti.

—Tengo consciencia de ello —dijo Silvestre con dignidad—. Nunca tuve la suerte de cara, y ahora trato de enseñar a otros a evitar mis propios fallos. He conseguido algunos notables éxitos. Pero no creo que pueda incluirle a usted entre ellos, Marcello.

—Es posible que no —dijo Polletti en tono indiferente.

—Ha asistido usted a uno de mis cursillos, completo —dijo Silvestre—. Y no carece totalmente de capacidad congénita. Pero hay algo en usted... algún núcleo básico de indiferencia, algo que le hace incapaz de dedicarse en cuerpo y alma a la más noble de las ocupaciones: ¡el asesinato!

—Supongo que es verdad —dijo Polletti—. Al parecer, no puedo permanecer interesado el tiempo suficiente.

—Temo que padece un grave defecto temperamental —dijo el Profesor Silvestre gravemente—. Muchacho, ¿qué será de usted?

—Supongo que moriré —dijo Marcello.

—Probablemente —asintió Silvestre—. Pero más importante que eso es la cuestión de *cómo* morirá. ¿Va usted a morir espléndidamente, como un kamikaze, o miserablemente, como un pobre conejo acorralado?

—No veo que exista mucha diferencia —dijo Polletti.

—¡Existe *toda* la diferencia del mundo! —exclamó el Profesor—. Si no puede matar bien, debería al menos morir bien; en caso contrario, desprestigiará a su familia, a sus amigos, y a la Escuela de Táctica para Víctimas del Profesor Silvestre. Recuerde nuestro lema: "Muere tan Bien como Mataste."

—Procuraré no olvidarlo —dijo Polletti, poniéndose en pie.

—Muchacho, muchacho —dijo Silvestre, levantándose a su vez y apoyando su mano de acero inoxidable en el hombro de Polletti—, su aparente indiferencia no es más que una máscara para su masoquismo esencial. Debe tratar de combatir, no sólo al mortífero Cazador de fuera, sino también al más mortífero adversario dentro de su propia mente.

—Lo intentaré —dijo Polletti, reprimiendo un bostezo—. Ahora, tengo una cita..

—Desde luego, desde luego —dijo el Profesor—. Pero antes podríamos dejar zanjado el asunto de mis honorarios. Ascienden a 300.000 liras. Si pudiera usted...

—En este momento no puedo —dijo Polletti, consciente de que la mano de acero inoxidable del Profesor estaba a un par de centímetros de distancia de su arteria carótida izquierda—. Pero será lo primero que haré mañana, en cuanto abran los bancos.

—Podría firmarme un cheque —sugirió Silvestre.

—Por desgracia, no llevo ningún cheque encima.

—Afortunadamente —dijo el Profesor—, lo llevo yo.

—Lo siento —dijo Polletti—, pero no puedo firmar un cheque, porque mi dinero está en una caja de seguridad.

Silvestre miró a su poco prometedor alumno con el ceño fruncido; luego se encogió de hombros y apartó su mano de acero inoxidable del cuello de Polletti.

—Muy bien —dijo—. Mañana. ¿Palabra de honor?

—Palabra de honor —dijo Polletti.

—Vamos a sellarlo con un apretón de manos —dijo el Profesor, extendiendo su mano de acero.

—Preferiría no hacerlo —dijo Polletti.

El Profesor sonrió y ofreció su mano izquierda, sana. Polletti la estrechó calurosamente. Silvestre echó su mano atrás convulsivamente, y contempló la palma. En el centro de ella había una gotita de sangre.

—¿Se da cuenta? —dijo Marcello, mostrando el resplandeciente y diminuto alfiler adosado a la palma de su mano—. Como usted ha dicho, el detalle fuera de lugar en lo más corriente. Si hubiera empapado ese alfiler en curare...

Sonriendo agradablemente, echó a andar hacia la puerta.

Silvestre se sentó, frotándose la dolorida palma de la mano. Se sentía desdichado: a pesar de sus frívolos trucos, Marcello Polletti estaba destinado con toda seguridad a una tumba. Pero luego se recordó a sí mismo que todos los hombres estaban destinados a una tumba; en tanto que él, Profesor Silvestre, estaba destinado probablemente a una chatarrería.

## VIII

En el Salón de Baile Borgia del Roma Hilton, Caroline estaba ensayando su número de danza postasesinato con las Roy Bell Dancers. El silencio era absoluto, salvo alguna ocasional exclamación, como: "¡Te he dicho el *foco rosa*, estúpido e incompetente subnormal, no los blancos de arriba!"

Martin, Chet y Colé estaban sentados en la primera fila del pequeño teatro apresuradamente improvisado, pellizcándose los labios superiores juiciosamente. Podían ver que Caroline no era ninguna Pavlova; pero, bueno, Caroline no tenía que ser una Pavlova. Compensaba su desconocimiento del arte de la danza (que era considerable) con su intenso magnetismo femenino (que era más que considerable). Las Roy Bell Dancers reflejaban hábilmente los diversos aspectos de la Mujer; pero Caroline no tenía necesidad de reflejar nada: ella era Mujer. A veces le hacía pensar a uno en un vampiro, a veces en una valquiria. Su cuerpo alto y flexible parecía incapaz de un gesto desgarbado, y su larga cabellera rubia caía en cascada de sus hombros como una peligrosa y brillante bandera de promesas.

—Tiene muy poco de bailarina —dijo Martin, sin dejar de pellizcarse el labio superior—, pero es todo Mujer.

Chet asintió.

—Es asombroso. A veces le hace pensar a uno en un vampiro, a veces en una valquiria.

—Eso es verdad —dijo el joven Colé, apartando sus dedos de su labio superior—. ¿Y habéis observado cómo su cuerpo alto y flexible parece incapaz de un gesto desgarbado, y que su larga cabellera rubia cae en cascada de sus hombros como una peligrosa y brillante bandera de promesas?

—Cierra el pico —dijo Martin, pellizcándose todavía el labio superior. Había estado a punto de decir aquello él mismo, y odiaba que sus subordinados le quitaran las palabras de la boca. Decidió despedir a Colé al mismo tiempo que a Chet. Martin no soportaba a los individuos inteligentes.

La danza terminó. Jadeando leve pero deliciosamente, Caroline bajó del escenario y se dejó caer en un asiento al lado de Martin.

—Bueno —preguntó—, ¿qué tal he estado?

Los tres hombres emitieron sonidos de aprobación, los más ruidosos y concretos procedentes de Martin, debido a su veteranía.

—¿Y está preparado todo en el Coliseo para mañana por la mañana? —inquirió Caroline.

—Todo —le aseguró Martin—. Luces, platos, micrófonos de control remoto, cinco cámaras activas y otras dos en reserva. Tenemos incluso un micrófono especial adaptable a un arma de fuego para poder captar el estertor de la Víctima al morir.

—Estupendo —dijo Caroline. Meditó unos instantes, y su rostro proteico, anteriormente de vampiro o valquiria, se transformó en el de Diana, la implacable Doncella Cazadora—. Ahora, veamos algunas fotografías de ese Polletti. Martin le entregó una serie de fotografías 8 x 10 de Polletti, tomadas a primera hora de aquel mismo día y reveladas, ampliadas y entregadas en un tiempo record gracias al milagro del dinero.

Caroline estudió las fotografías en silencio. Bruscamente, preguntó:

—¿Qué edad tiene este individuo?

—Alrededor de cuarenta años —dijo Martin.

—¿Y bajo qué signo nació?

—Géminis —se apresuró a contestar Chet.

—Poco de fiar —declaró Caroline—. Especialmente con esas arrugas alrededor de los ojos.

—Creo que estaba bizqueando cuando nuestro hombre tomó las fotografías —dijo Colé tímidamente.

—Una arruga es una arruga —declaró Caroline—. Pero me gustan sus manos. ¿Lo habéis observado? Tiene los dedos espatulados, a excepción del anular izquierdo.

—Es cierto —dijo Martin—. No lo había notado antes.

—¿Crees que podrías conseguir un informe de un frenólogo acerca de él?

—No creo que dispongamos de tiempo —dijo Colé.

—¿Qué importa lo que ese tipo pueda tener en la cabeza? —inquirió Martin—. Lo único que tienes que hacer es liquidarle, Caroline.

—Me gusta saber algo acerca de las personas que asesino —dijo Caroline—. Hace la cosa más agradable.

Martin agitó la cabeza con exasperación. A fin de cuentas, Caroline no era más que una mujer: siempre pendiente del elemento personal. Decidió despedir a Caroline en cuanto terminara la tarea que le había asignado Fortinbras; luego, con un leve sobresalto, recordó que después de su décimo asesinato Caroline se encontraría en inmejorables condiciones para lograr que le despidieran a él.

—Sé lo que quieres decir —dijo Martin, transformando apresuradamente su exasperación hacia Caroline en rabia hacia sí mismo—. Es más agradable, y si existe alguna posibilidad de conseguir el informe de un frenólogo sobre Polletti, seguro que Chet sabrá encontrar la mejor manera de aprovecharla.

Caroline pareció a punto de decir algo, probablemente cáustico a juzgar por la forma de su boca; pero fue interrumpida por una delgada voz procedente de un pequeño monitor que descansaba cómodamente a los pies de Chet.

—Atención, atención —dijo la voz del monitor—. Esta es la Cámara Móvil Tres, avanzando sur-sudoeste y un punto oeste, aproximadamente, a lo largo de la Via Giulia. ¿Me oye, Puesto de Mando Central, me oye?

—Sí, le oímos perfectamente —dijo Martin. (Odiaba los formulismos exagerados casi tanto como le disgustaban las familiaridades igualitarias).

—Tengo el Blanco a la vista a una distancia aproximada de once metros y dieciocho centímetros. Desean que me acerque más o debo abrir fuego a esta distancia, interrogativo.

—¿Abrir fuego? —exclamó Caroline—. ¿Qué clase de Caza piensa que es ésta?

—No se refiere a disparar —explicó Martin—. Sólo quiere saber si tiene que televisar desde su distancia actual o acercarse más al objetivo. No puedo soportar a esos ex capitanes de destructor, pero Fortinbras los contrata a puñados... —Pulsó un interruptor del monitor—. Mantenga su posición, Móvil Tres, y bajo ningún concepto, repito, *bajo ningún concepto*, debe acercarse más. Denos lo que tenga.

—Afirmativo —dijo la voz del monitor, con tanta vivacidad que uno casi podía ver las cerdas de su bigote de color rojizo.

La cara gris del monitor se volvió blanca, y luego roja con líneas dentadas verdes y acarminadas. Al final el cuadro se aclaró y mostró a una dama encantadora contemplando con ojos entristecidos a tres hombres bigotudos

con los labios apretados. Una voz dijo en italiano: "Y hoy les ofrecemos otro emocionante episodio de las extrañas y enmarañadas vidas de..."

Chet gritó:

—¡Hey, Móvil Tres, ¿qué es lo que pasa?!

—Lo siento, señor —respondió la Móvil Tres—. Lo siento de veras. Una pequeña interferencia en la antena omnidireccional.

—¿Es una excusa? —preguntó Martin ominosamente.

—No, señor. Una simple explicación. Solucionado, señor.

La pantalla se apagó y luego recobró vida. Marcello Polletti era claramente visible ahora, andando por una calle. Sus hombros hundidos ponían más de relieve lo cansino de su paso.

—Todas las características de un depresivo crónico —dijo Chet inmediatamente.

—Tal vez sólo está fatigado —sugirió Caroline, estudiando la imagen de Polletti con mucha atención.

—Parece un tipo de víctima ideal —dijo Colé, con entusiasmo infantil.

—La única víctima ideal es una Víctima muerta —replicó Caroline fríamente—. Creo que es un perezoso. —¿Es bueno eso? —preguntó el joven Colé en tono esperanzado.

—No, es malo —le dijo Caroline—. Nunca se puede saber lo que un perezoso es capaz de intentar. —Estudió a Polletti durante unos cuantos segundos más—. Pero hay alguna otra cosa, algo más que pereza, o depresión, o fatiga. No está ocultándose, ni huyendo, ni haciendo nada de lo que una Víctima se supone que hará. Se limita a pasear por una calle pública, un blanco perfecto.

—Todo esto parece bastante extraño —admitió Martin.

—¿Estáis seguros de que ha recibido la notificación oficial?

—Lo comprobaré —dijo Martin en tono imperioso. Chasqueó sus dedos; Chet agitó dos dedos impacientemente; Colé corrió hacia la retaguardia, encontró un teléfono, y estableció una conexión.

Martin marcó el número del Ministerio de la Caza en Roma, trató de hacer entender su inglés a través de un torrente de italiano, y se volvió hacia sus ayudantes con aire desalentado.

—Bueno, jefe —dijo Chet—. Se me ocurrió tomar un curso hipnosómico de una noche de italiano, por si las moscas. De modo que si quieres...

Martin le pasó el teléfono. Hablando con un perfecto acento florentino, Chet averiguó que B.27.38 Polletti, Marcello, había recibido notificación personal y oficial de su actual condición de Víctima en una Caza.

—Muy raro —comentó Martin—. Definitivamente raro. ¿Dónde está ahora?

—Entrando en una casa —dijo Caroline—. ¿Crees que se va a pasar el resto del día paseando por la calle en beneficio de tus cámaras móviles?

Vieron a Polletti cruzando el umbral de una puerta. Después, el monitor sólo mostró una puerta cerrada.

Martin pulsó uno de los interruptores del monitor.

—De acuerdo, Móvil Tres. El Blanco ya no está a la vista, de modo que podéis cortar la conexión. ¿Hay dificultades para que mantengáis la casa del Blanco bajo vigilancia durante un par de horas sin despertar sospechas?

—Afirmativo —respondió la voz del monitor—. Estoy operando desde la parte posterior de un Volkswagen. Hasta ahora, que yo sepa, nadie se ha fijado en nosotros.

—Estupendo —dijo Martin—. ¿Cuál es la dirección de esa casa? Sí, ya la tengo. Os relevaremos dentro de una hora, dos como máximo. No salgáis del automóvil; si creéis que despertáis alguna sospecha, alejaos inmediatamente. ¿De acuerdo?

—Okay —dijo el cameraman.

—Os veré más tarde.

—Terminado y corto —respondió el cameraman.

Martin pulsó de nuevo el interruptor y se volvió hacia Caroline.

—Bueno, nena, hemos localizado al individuo y sabemos también dónde vive. Ahora son las tres, treinta y cuatro minutos y dieciocho segundos de la tarde. Tienes que lograr que vaya al Coliseo mañana por la mañana. No es una tarea demasiado fácil. ¿Crees que podrás salir adelante?

—Estoy segura —dijo Caroline en tono placentero—. ¿Crees *tú* que puedo hacerlo?

Martin la miró y se pellizcó defensivamente el labio superior.

—Sí —dijo—. Supongo que tal vez creo realmente que puedes hacerlo... Caroline, tú has cambiado.

—Lo sé —dijo Caroline—, tal vez es la influencia de Roma, o el hecho de que se trata de mi décimo asesinato, o las dos cosas. O tal vez se trata de algo distinto. Estaré en contacto con vosotros, muchachos.

Caroline se alejó, andando majestuosamente, y salió del Salón de Baile Borgia.

## IX

El apartamento de Marcello Polletti tenía un aspecto brillante, *chic*, impermanente, como el propio Polletti. El mobiliario era bajo, cómodo, armonioso y agradable a la vista... aunque, como su dueño, no pertenecía a ningún período ni estilo particular, y su valor intrínseco era más que dudoso. Había tres escaleras interiores; una de ellas conducía a una terraza, otra a un dormitorio, y la tercera, no habiendo encontrado todavía un destino, desembocaba en una pared blanca y desnuda. Esto, forzando una analogía exagerada ya, era igualmente simbólico de Polletti.

El propio Polletti estaba tumbado sobre un limpio sofá carmesí. Tenía un pequeño mono de juguete, rojo y azul, sobre su pecho (transistorizado; batería recargable; cinco años de garantía; completamente lavable; diversión para toda la familia...). Lo rascó con aire ausente detrás de la oreja, y el pseudosimio se retorció y chachareó. Dejó de hacerlo y empezó a hacer ejercicios de respiración profunda. Pero después de tres ciclos de inhalación-exhalación renunció a continuar porque, como tantas otras cosas, aquello le inspiraba náuseas. Además, sabía que el simple hecho de respirar ya le era favorable. En sus circunstancias, respirar profundamente era presuntuoso, ya que se apoyaba en la ilusión de disponer de mucho tiempo para respirar.

Polletti sonrió levemente; había hecho un aforismo, o posiblemente un apotegma.

En la pared, frente a él, había un aparato de televisión reposando sobre una repisa. A su lado había una mesita de tresillo conteniendo seis libros, un periódico, quince tebeos, una botella de whisky, dos vasos sin lavar, y un Smith & Wesson con armazón de aluminio (Modelo XCB3, conocido como El

Vengador), cargado a tope pero sin percutor (había estado planeando hacerlo arreglar). La mesita contenía también un pequeño derringer de un solo tiro con una longitud total de cinco centímetros, perfecto para llevarlo oculto y razonablemente preciso a distancias de hasta un metro. Al lado del derringer había otras dos armas de fuego de dudoso linaje y dudosa utilidad. Envuelta en la esquina más meridional de la mesa había una chaqueta a prueba de balas, el último modelo, confeccionada hacía dos años por Hightrie & Ouldie, Confeccionistas de Chaquetas a Prueba de Balas, Proveedores de Su Majestad la Reina. La chaqueta pesaba diez kilos y escupiría cualquier proyectil, a excepción del nuevo Super Penetrex Magnum de 9 mm desarrollado el año anterior por Marshlands de Fiddler's Court, Fabricantes de Projectiles, Proveedores de Su Majestad el Rey. El Super Penetrex era en la actualidad el proyectil utilizado por todos los Cazadores.

Cerca de la chaqueta había tres paquetes de cigarrillos vacíos y arrugados y un paquete medio lleno de Regies. Y, finalmente, sobre la mesita había una taza de café a medio terminar.

El aparato de televisión, automático, se encendió por sí mismo. Era la Hora Internacional de la Caza, un programa que había que contemplar para saber quién estaba siendo asesinado por quién, y cómo.

El programa de hoy estaba siendo retransmitido desde Dallas, Texas, una ciudad con más Gallos de Pelea (como eran llamados afectuosamente) per cápita que cualquier otra metrópoli del mundo. Por este motivo Dallas era conocida como el Paraíso del Homicidio, y era una especie de Meca para los aficionados a la violencia.

El presentador era un norteamericano de modales suaves y aire amistoso, y hablaba con aquella mezcla de camaradería y familiaridad que resulta tan difícil de simular y tan fácil de aborrecer.

—Un saludo, amigos —dijo—, y un saludo muy especial para todos los jóvenes agresivos de ambos sexos que han de ser los Cazadores y Víctimas del futuro. Tengo un mensaje especial para vosotros, muchachos, debido a una cuestión especial que ha sido sometida a mi atención. De modo que sin moralizar, muchachos, sólo quiero recordaros que es moralmente inaceptable asesinar a vuestros padres, aunque tengáis en vuestra opinión un buen motivo para hacerlo; y además está penado por la ley. De modo que os aconsejo muy seriamente que *no lo hagáis*. Acudid a vuestros instructores del gimnasio y ellos podrán proporcionaros una lucha con alguien de vuestro peso y estatura, utilizando porra, cesto de púgil o maza, de acuerdo con vuestra edad y vuestra categoría escolar. Sé muy bien que no es la cosa real; sé muy bien que muchos de vosotros opináis que unos cuantos huesos rotos o una conmoción cerebral son cosa de poca monta. Pero, creedme, es un deporte sano y ayuda a formar cuerpos fuertes y a desarrollar reflejos rápidos. Sé que muchos de vosotros opináis que lo único que realmente cuenta es un revólver o una granada; pero eso es debido a que no habéis aprendido a manejar nada más. Permitidme que os recuerde una cosa: los gladiadores de la antigua Roma utilizaban el cesto, y nadie decía de *ellos* que eran unos maricas; y los caballeros de la época feudal esgrimían una pesada *maza*, y nadie se reía de *ellos*. ¿Qué os parece la idea, muchachos? ¿No creéis que vale la pena intentarlo?

Polletti murmuró para sí mismo, en voz alta:

—Me gustaría volver a ser un niño.

—Lo eres —dijo una voz sepulcral desde lo alto de la segunda escalera. Polletti no alzó la mirada; era simplemente Olga, saliendo silenciosamente del dormitorio.

—...y aquí tenemos algunas otras noticias e imágenes del Mundo de la Caza —estaba diciendo el presentador—. En la India, el Departamento de Asuntos Exteriores de Nueva Delhi ha confirmado oficialmente el renacimiento de la antigua secta de los Thugs. Un portavoz del Gobierno ha declarado hoy...

—Marcello —dijo Olga.

Polletti agitó una mano impacientemente. La pantalla del televisor estaba mostrando unos planos de Bombay.

—...recordemos que los Thugs se dedicaban a estrangular por medio de una cuerda de seda o, en casos de extrema pobreza, por medio de una cuerda de algodón...

—Marcello —repitió Olga—. Lo siento. —Había descendido hasta la mitad de la escalera, y se apoyaba pesadamente contra la barandilla, como si no pudiera sostenerse en pie.

—...esa antigua práctica es una de las pocas formas de asesinato al alcance de todo el mundo que no quebranta el mandamiento, explícitamente incluido en la mayoría de las grandes religiones del mundo, contra el derramamiento de sangre. Varios grupos budistas de Birmania y Ceilán han expresado su interés en este concepto, que un portavoz del Kremlin calificó, y cito sus palabras textuales, de "la más pura casuística". Este punto de vista fue contradecido, sin embargo, por un portavoz del Gobierno de la China Popular, que según la Agencia China de Noticias declaró que la cuerda de los Thugs (o Bufanda de Tesingtao, como él la llamó) era una verdadera Arma del Pueblo y en consecuencia...

—¡Marcello!

Polletti volvió la cabeza de mala gana y vio que Olga había terminado de bajar la escalera. Semejante a Medusa, su suelta cabellera negra caía hasta sus hombros en rizados serpentarios; su boca estaba pintada de carmesí con las comisuras cuadradas, de acuerdo con la nueva moda "Pitonisa"; y sus grandes ojos negros de obelisco estaban desenfocados y opacos, como los ojos apagados de un lobo famélico abatido de un disparo.

—Marcello —preguntó Olga—, ¿podrás perdonarme algún día?

—Desde luego —se apresuró a decir Polletti, y se volvió de nuevo hacia el televisor.

—...entretanto, el Presidente Electo del Brasil, Gilbete, inauguró la Sección Segunda de los Juegos Olímpicos con una solemne declaración. Les dijo a los millones de personas apretujadas en el Estado Central de Río que la primaria catarsis emocional, tal como estaba canalizada y dirigida en la Caza, no era aún económicamente posible; en tanto que los Juegos Gladiatoriales Olímpicos, que proporcionaban la forma más agradable y más intensa de catarsis emocional secundaria, estaban al alcance de todos los ciudadanos. Más adelante afirmó que la asistencia a los Juegos era el deber de todo ciudadano que deseara sinceramente la erradicación de las matanzas en masa provocadas por las guerras en el pasado. Sus palabras fueron acogidas con respetuosos aplausos. El primer combate de hoy era entre Antonio Abbruzzi, triple campeón de Europa de la especialidad Hacha de Combate estilo libre, contra el popular zurdo finlandés Aesir Drngi, vencedor el pasado año de las semifinales del Norte de Europa. Parece ser...

—Me vi empujada a ello —dijo Olga. Sus rodillas empezaron a doblarse y su mano se soltó de la barandilla—. Lo siento, Marcello... lo siento mucho, muchísimo.

Al tiempo que su mano derecha soltaba la barandilla, su mano izquierda se abrió como por voluntad propia y de ella cayó un ominoso frasquito de color oscuro y forma siniestra. Polletti lo reconoció inmediatamente: era el frasco en el cual Olga guardaba sus píldoras para dormir... o en el cual solía guardar sus píldoras para dormir, ya que el frasco de color oscuro no tenía tapón y rodó por el suelo, vacío.

Era obvio para cualquiera que Morfeo había establecido una alianza fatal con su hermano Tánatos.

—He tomado una sobredosis de pildoraza para dormir —dijo Olga, por si la cosa no estaba clara para Marcello—. Supongo... supongo... —Le falló la voz, y la desdichada joven se desplomó sobre la alfombra.

—...mientras que en la especialidad de Machete, Nicholai Groupopolis, de Grecia, alcanzó una fácil victoria sobre Edouard Comte-Couchet, de Francia, su apuesto pero indudablemente inferior rival, propinándole un machetazo de abajo a arriba, tras una finta sensacional, mortal de necesidad. En la especialidad de Estrangulamiento, Pesos Medios, surgió la sorpresa en forma de victoria de Kim Sil Kul, de la República de Corea Central... —Discúlpame —dijo Polletti, apartando su mirada de la pantalla con una expresión de culpabilidad en los ojos—. ¿Has dicho que tenías dificultades para dormir?

—...en la Clase B de Doble Estilete Clásico, se declaró un empate entre Juanito Rivera de Oaxaca, Méjico, y Giulio Carerri de Palermo, Sicilia, en tanto que...

—He dicho —dijo Olga, con voz débil pero muy clara— que me he tomado una sobredosis de píldoras para dormir; de *barbitúricos*, para ser más exacta.

—...en la Especialidad de Lanzamiento de Granadas, Peso Medio, Michael Bornstein, de Omaha, Nebraska, a pesar de una dislocación del hombro, pulverizó a su adversario...

—Y además —dijo Olga—, no me arrepiento, excepto por *ti*, Marcello, dado que eres tú el que me ha conducido a esto con tu indiferencia en los últimos doce años, y eres tú el que, si te queda un vestigio de conciencia en tu encallecida alma, sufrirás mucho más de lo que estoy sufriendo ahora, y algún día te darás cuenta de que la inacción es una forma embozada de acción, y de que la desatención es una forma pervertida de atención; cuando ese día...

—Olga —dijo Polletti.

—¿Sí? —dijo Olga, con voz apenas audible por encima de su respiración Cheyne-Stokes.

—El otro día me olvidé de reponer tu provisión de píldoras para dormir.

Olga se puso rápidamente en pie, encontró cigarrillos en una mesa próxima, y encendió uno. Inhaló profundamente, lanzó una nubecilla de humo hacia el techo y dijo:

—Marcello, ¿por qué no haces nunca nada por mí? Ayer pasaste por delante de la farmacia... Polletti arrugó la frente. Siempre había admirado la negativa de Olga a permitir que una situación embarazosa la embarazara.

—...y en la especialidad de automóviles blindados, un Aston-Martin Vulcano V logró un impacto sumamente preciso —o sumamente afortunado—, sobre un favorito Mercedes Benz Cabeza de Muerte 32.

Olga se acercó a un jarrón de rosas artificiales, recomponiendo el ramo de un modo horrible con unos cuantos movimientos ágiles y elegantes. Olga lo hacía casi todo con estilo, aunque lo hiciera casi todo mal.

—Marcello —dijo, en el tono ligero y retozón que reservaba para los asuntos más serios—, ¿por qué no nos casamos? Sería muy divertido... de veras, Marcello.

—Ya estoy casado —dijo Polletti.

—Pero, si no lo estuvieras...

—Entonces podríamos considerar el asunto de un modo mucho más realista —respondió Polletti, con la precaución maquinal que se adquiere después de doce años con la misma amante.

Olga sonrió tristemente y se dirigió hacia la escalera que conducía a la terraza, y empezó a subir por ella. Antes de llegar al rellano superior se volvió y dijo:

—No creo que sigas estando casado. Se ha fallado tu anulación, ¿no es cierto, Marcello?

—Desgraciadamente, no —respondió Marcello, en el tono grave y varonil que reservaba para sus mentiras más serias—. En estos asuntos no se puede apremiar a las autoridades. Por las noticias que tengo, no se fallará nunca.

—¡Se ha fallado! ¡Admítelo!

Marcello apartó la vista de Olga y empezó a jugar con su pequeño mono eléctrico. El animalito le recordaba a él mismo. La pantalla del televisor estaba mostrando un tercer asalto de eliminación a florete por equipos: seis hombres por bando, con armaduras de cuero. Los españoles parecían dar buena cuenta de los alemanes en aquella prueba.

Olga llegó a lo alto de la escalera y se acercó a un pesado jarrón de terracota que ella misma había puesto allí el día anterior. La vista del jarrón y del indolente e impasible Polletti la enfureció.

—¡Animal! ¡Cerdo! ¡Buey! —gritó; cogió el jarrón, se tambaleó un instante bajo su peso, y lo lanzó.

Polletti no se molestó en moverse. El jarrón pasó a pocos centímetros de su cabeza, estrellándose contra el suelo. La pobre Olga siempre fallaba: blancos, amor verdadero, maridos, fiestas, citas para almorzar, sesiones con su analista, absolutamente todo. El doctor Hoffhauer le había dicho que era una gran masoquista que trataba de compensar sus impulsos autodestructivos a través de la acción de impulsos sádicos pseudoespontáneos; lo cual, desde luego, no le permitiría nunca realizar su superdesarrollado deseo de morir. Aquello era muy malo, desde luego. *Pero*, había señalado el doctor, Polletti se encontraba en peores condiciones (por lo que Olga le había contado de él), dado que su deseo de morir no parecía estar contrarrestado por ninguna clase de impulsos sádicos.

La Hora Internacional de la Caza terminó, y el televisor se desconectó automáticamente. Polletti, tranquilo poseedor de un hipotético deseo de morir descompensado, se puso en pie, sacudió con la mano el polvo de terracota de sus cabellos, y echó a andar hacia la puerta.

—¿Adonde vas? —preguntó Olga en tono acusador. —Afuera.

—Afuera, ¿dónde?

—Afuera, simplemente.

—Entonces, llévame contigo.

—No puedo —dijo Polletti—. Voy al ir al Club de Caza. Y sólo está permitida la entrada a Cazadores o Víctimas acreditados.

—¡Dejan entrar a todo el mundo!

—No al Anexo Número Uno —dijo Polletti—. Y allí es donde voy, en realidad.

—Pero antes dijiste que ibas afuera, simplemente.

—Y es lo que voy a hacer —dijo Polletti—. Pero una vez esté fuera, iré al Club de Caza.

—¡Cerdo! —gritó Olga.

—Hasta luego —respondió Polletti, y salió a la calle.

## X

—Móvil Uno a Central. ¿Me oye, Central, me oye? Cambio.

—Le oigo perfectamente —dijo Martin. El era Central. Casi lo primero que había hecho después de su llegada a Roma había sido organizar un Puesto de Mando. Aquello era algo que siempre había deseado: un Puesto de Mando con él mismo al frente bajo el nombre clave de Central. Ahora lo tenía; y tenía también material de radio y de televisión por valor de 200.000 dólares en un rincón del Salón de Baile Borgia. Estaba sentado enfrente de su material, con un micrófono en una mano y un cigarrillo en la otra. También llevaba auriculares. Esto le complacía mucho.

—Móvil Dos informando. Pero no tengo nada de que informar.

—Entonces, siga como antes —dijo Martin en tono enérgico.

Las Roy Bell Dancers, habiendo terminado otro ensayo, estaban holgazaneando sobre el escenario, bebiendo café solo y hablando de sistemas para evitar que las uñas se partieran. Caroline había estado leyendo un libro sobre la crianza de perros de raza.

Soltó el libro y echó a andar hacia el Puesto de Mando de Martin.

—Móvil Tres llamando.

—*Informando*, querrá decir —rectificó Martin.

—Lo siento. Móvil Tres informando de que no hay nada de que informar.

—Enterado —dijo Martin secamente, dando una chupada a su cigarrillo, secándose la frente y pellizcándose el labio. Los auriculares lastimaban sus orejas, pero no iba a quitárselos por una tontería semejante. Podía soportar el dolor; sabía que otros hombres habían soportado dolores probablemente más intensos.

—Móvil Cuatro informando. Hey, Martin, ¿que te parece si...?

—Nada de *Martin* —dijo Martin en tono de reproche—. La nomenclatura correcta en esta situación es *Central*.

Martin agitó la cabeza, con aire de disgusto. En la Móvil Cuatro estaba Chet, y probablemente le fastidiaba tener que actuar como Localizador, y como cuarto Localizador, por añadidura. Pero las cosas habían rodado así, que era como ruedan a veces las cosas. Y, en cualquier caso, Chet no debía abusar de su amistad de doce años pura llamar a Martin por su nombre de pila; no, después de que Martin explicara a todo el mundo la necesidad de atenerse estrictamente a la Clave de Radio en una operación de este tipo.

—Su informe, Móvil Cuatro —ladró Martin.

—Nada que informar, Central —dijo Chet—. Móvil Cuatro solicita permiso para almorzar.

—Negativo —respondió Martin.

—Oye, Central, no he tenido tiempo de desayunar... —Pero *tuviste* tiempo para alquilar el Coliseo —dijo Martin.

—Bueno, ya expliqué eso. No pretendía...

—¡PETICIÓN DENEGADA! —aulló Martin. Y con voz más tranquila añadió—: Tengo la impresión de que va a ocurrir algo de un momento a otro. No puedo prescindir de ti precisamente ahora, Móvil Cuatro, de veras que no puedo.

—De acuerdo —respondió Móvil Cuatro, o Chet—. Mantendré la vigilancia hasta que se me ordene otra cosa. Corto y cambio. Quiero decir cambio y corto.

Martin agarró el micrófono convulsivamente. ¡Señor, señor, cuánto odiaba la ligereza, la desidia, la presunción, la insubordinación y otras cosas por el estilo! No se había dado cuenta de lo mucho que odiaba aquellas cosas hasta hoy, cuando finalmente estuvo al mando de su propia Operación. Casi podría sentir un vestigio de simpatía por el señor Fortinbras...

—Caramba, tienes un montón de material ahí —dijo Caroline, con una voz que reflejaba su absoluta falta de interés.

—Tenemos lo que necesitamos —dijo Martin—. No se puede dirigir una ¡Operación como esta con un par de latas vacías y un trozo de cordel. —Trató de dar una fuerte chupada a su cigarrillo, pero descubrió que lo había aplastado al agarrar convulsivamente el micrófono. Encendió otro cigarrillo y le dio una fuerte chupada.

—¿Qué es aquel pequeño dial que hay allí al final, a la izquierda? —preguntó Caroline.

Martin no tenía la menor idea, pero se apresuró a contestar:

—Eso es el Elemento Reostático de Sobrecarga Variable Multifásico.

—Caramba —dijo Caroline—. ¿Es importante? Martin sonrió con aire de superioridad y dio una fuerte chupada a su cigarrillo.

—¿Importante? Toda esta instalación probablemente volaría en pedazos sin el ERSVM. De modo que supongo que puede decirse que es importante.

—¿Por qué volaría en pedazos la instalación? —preguntó Caroline.

—Bueno, principalmente debido al factor de resonancia de la toma de voltaje de la línea —dijo Martin—. Es un tipo de fenómeno interesante, en realidad. Podría explicártelo si estuvieras interesada en él.

—No importa —dijo Caroline.

Martin asintió. A veces tenía la impresión de que podía conquistar el mundo.

—¡Aquí Móvil Uno! —gritó una voz en sus auriculares—. ¡El Blanco acaba de salir de su casa! ¡Repito, el Blanco...!

—Ya lo he oído la primera vez —dijo Martin—. Y no grite tanto por ese micrófono. ¿O es que quiere ensordecirme?

—Lo siento, Central. Supongo que ha sido una reacción natural después de tantas horas de espera.

—De acuerdo, olvídalo. ¿Alguna otra unidad le ha captado?

—Móvil Cuatro informando. Le he captado.

—Móvil Tres informando. El Blanco no está aún en mi campo visual.

—Móvil Dos informando con el mismo mensaje.

—¿Qué mismo mensaje? —rugió Martin.

—El mismo mensaje que Móvil Tres. Quiero decir que no puedo ver el Blanco.

—De acuerdo —dijo Martin—. Móviles Dos y Tres, mantengan sus posiciones. Móvil Uno, quiero que...

—CQ, CQ, llamando a CQ —dijo una voz clara en los auriculares de Martin. Era una voz que Martin no había oído nunca, e inmediatamente sospechó espionaje, contraespionaje y otras varias cosas.

—¿Sí? —respondió prontamente, aunque con evidente desgana.

—Hola —dijo la voz—. Aquí 32ZOZ4321. Me llamo Bob, tengo trece años y estoy emitiendo desde Wellington, Nueva Zelanda, por medio de un Hammarlund 3BBC21 reconstruido, utilizando una frecuencia de 24 metros con una antena Arcana con una Dormeister acoplada para la refracción estratosférica, y deseo hablar con cualquiera de mis hermanos radioaficionados, aunque tengo un interés especial en hablar con radioaficionados de El Cairo, Bokhara y Mukden, con los que me gustaría intercambiar tarjetas DX y saber cómo me captan, ya que últimamente he tenido problemas con la Dormeister, aunque creo que se trata simplemente de manchas solares, cambio.

—¡Fuera del aire! —aulló Martin.

—Tengo tanto derecho como usted a estar en el aire —replicó 32ZOZ4321 con dignidad.

—¡Estás emitiendo en una frecuencia comercial asignada particularmente! —dijo Martin—. Y me estás interfiriendo en un momento crucial, cambio.

Se produjo un breve silencio. Luego, 32ZOZ4321 dijo:

—¡Cielos, señor, tiene usted razón! Mi 3BBC21 deriva un poco, debido a que no he podido adquirir las piezas necesarias para fijar bien la frecuencia. Lo siento mucho, señor, de veras que lo siento, cambio.

—Olvidalo, yo también tuve tu edad, muchacho. Ahora, ¿me harás el favor de salir de mi frecuencia, cambio?

—Inmediatamente. Espero que no me denunciará por esto, señor, podrían quitarme la licencia de radioaficionado, cambio.

—¡No te denunciaré *si sales del aire ahora mismo, cambio!*

—Voy a hacerlo en seguida y muchas gracias, señor. ¿Le importaría decirme cómo llega mi señal, cambio?

—Cinco por cinco, cambio —respondió Martin.

—Gracias, señor. Cambio y corto.

—Cambio y corto —repitió Martin.

—Cambio y corto —dijo Móvil Uno prontamente.

—¡No, usted no! —dijo Martin.

—Pero, usted ha dicho...

—No importa lo que haya dicho. ¿Qué hay acerca del Blanco?

—Lo tengo a la vista —dijo Móvil Uno—. Está avanzando a lo largo de la Via Cavour y acaba de llegar al cruce con la Via dei Fori Imperiali. Se ha parado, y, maldición... Un autobús se acaba de interponer entre el Blanco y yo.

—Móvil Cuatro informando —dijo Chet—. Le tengo. Todavía está en la esquina. Tiene las manos en los bolsillos y los hombros caídos. Ahora mira hacia arriba, con mucha atención...

—¿Qué es lo que mira? —gritó Martin.

—Una nube —respondió Móvil Cuatro—. Es lo único que hay allí.

—¿Por qué tendría que mirar a una nube? —le preguntó Martin a Caroline.

—Tal vez le gustan las nubes —dijo Caroline.

—¡Móvil Tres informando! ¡Vuelvo a tenerle, Central! El Blanco avanza por una calle de nombre ilegible, desplazándose en dirección norte-noroeste y un punto oeste sobre una ruta de intersección con el Foro de Trajano, que fue diseñado por Apolodoro de Damasco y se encuentra aún en un estado de conservación excelente después de mil ochocientos años de vicisitudes diversas.

—Limítese a darme la información esencial, por favor, Móvil Tres —dijo Martin—. ¡Pero me gusta su minuciosidad!

—¡Móvil Tres informando! ¡Le tengo! Aquella calle de nombre ilegible es la Via Quattro Novembre. El Blanco se ha parado ahora a unos treinta y siete metros al sur de Santa María de Loreto.

—Enterado —dijo Martin. Volviéndose hacia un enorme mapa mural de Roma y sus alrededores, señaló la ruta de Polletti en el papel de acetato que lo cubría. Trazó una gruesa línea negra para los movimientos confirmados, y una línea de puntos rojos para los avances probables.

—Móvil Uno informando. Le tengo. Aún está parado.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Martin.

—Creo que se está rascando la nariz —dijo Móvil Uno.

—Será mejor que se asegure de eso —dijo Martin ominosamente.

—Móvil Dos informando con confirmación del informe de Móvil Uno. El Blanco, visto a través de unos prismáticos Zeiss 8 x 50 montados sobre trípode, se está rascando la nariz... Rectifico. El Blanco acaba de terminar la acción precedente.

—¡Móvil Dos informando! El Blanco avanza de nuevo, en dirección septentrional a lo largo de la Via Pessina hasta el cruce con la Via Salvatore Tommasi...

Martin se volvió hacia su mapa, miró, bizqueó y se volvió de nuevo hacia el micrófono.

—No puedo localizar esas calles, Móvil Dos. Repita los nombres.

—Roger. El Blanco está avanzando... Lo siento, Central, alguien me ha dado un mapa equivocado. Las últimas calles que he mencionado se encuentran en Nápoles. No sé cómo puede haber ocurrido...

—Tranquilícese —dijo Martin—, no es momento para dejarse ganar por el pánico. ¿Alguien tiene al Blanco?

—CQ, CQ, llamando a CQ, aquí 32ZOZ4321...

—¡Te has colado otra vez! —gritó Martin.

—Lo siento mucho —dijo 32ZOZ4321—. Cambio y corto.

—Móvil Cuatro informando. El Blanco ha girado en la Via Babuino.

—¿Cómo ha llegado ahí? —preguntó Martin después de consultar su mapa—. ¿Acaso tiene alas?

—Rectifico. Quise decir la Via Barberini.

—Enterado... Pero, ¿cómo ha llegado ahí?

—Móvil Uno informando. El Blanco fue invitado a subir a un automóvil azul Alfa Romeo modelo XXV-1 descapotable con tres tubos de escape cromados y un supercargador Morrison-Chalmers, por un hombre de baja estatura, gordo y calvo. El Blanco y el hombre de baja estatura, gordo y calvo parecían ser amigos, o al menos conocidos. Se dirigieron por diversas calles hasta la Plaza de España, donde el Blanco se apeó.

—A veces se mueven muy aprisa —murmuró Martin para sí mismo, haciendo otra señal en su mapa—. ¿Qué hizo a continuación el hombre de baja estatura, gordo y calvo?

—Se alejó en la dirección general de Via Véneto.

—¿Alguien tiene al Blanco?

—Aquí Móvil Dos. Yo le tengo. Ahora está de pie delante, o ligeramente a la izquierda, en realidad, de la Agencia American Express.

—¿Qué está haciendo?

—Contemplando un póster del escaparte. El póster anuncia un viaje turístico a Grecia, específicamente. Atenas, El Píreo, Hydra, Corfú, Lesbos y Creta.

—¡Grecia! —gruñó Martin—. No puede hacerme esto, no estoy preparado para ello, tendríamos...

—¡Móvil Cuatro informando! El Blanco avanza de nuevo. Ha recorrido varios metros y ahora está sentado en la escalera de la Plaza.

—¿Está seguro de eso? —gritó Martin.

—Completamente. Está sentado en el séptimo peldaño empezando por abajo, y mirando con descaro a dos muchachas rubias sentadas en los peldaños quinto y cuarto respectivamente.

—Es más astuto de lo que parece —dijo Martin—. Nadie va a sentarse en los escalones de la Plaza de España. Me pregunto si está intentando...

—¡Móvil Tres informando! ¡El Blanco se ha puesto en marcha! Está cruzando la Plaza de España... Le he perdido... no, vuelvo a tenerle, está en la Vía Margutta, casi en el centro de la manzana... se ha parado y ha entrado en un edificio.

—¿Qué edificio? —gritó Martin.

—El Club de Caza —dijo Móvil Tres—. ¿Debo seguirle?

Caroline había estado observándolo todo en un Monitor. Ahora tomó el micrófono de manos de Martin y dijo:

—Atención, Móviles. Quédense todos donde están. Yo me reuniré con el Blanco en el Club de Caza.

—¿Es prudente eso? —le preguntó Martin.

—Tal vez no —dijo Caroline—, pero será interesante.

—Mira, nena —dijo Martin—, ese individuo está armado y es peligroso.

—Y atractivo —añadió Caroline—. Quiero comprobar por mí misma cómo es Polletti. —El señor Fortinbras no lo aprobaría —dijo Martin.

—El señor Fortinbras no tiene que matar a nadie —dijo Caroline—. Yo sí.

Aquello no tenía respuesta. Martin se encogió de hombros mientras Caroline se alejaba. Luego sonrió torvamente y se dejó caer en su sillón giratorio. *Prima donnas* e incompetentes, ese era el material humano con el que tenía que tratar; gente incapaz de hacer una sola cosa a derechas. El tenía que resolverlo todo. ¿Y qué agradecimiento obtenía por ello? ¡Ninguno! Sólo la pequeña satisfacción del trabajo bien hecho.

—A todas las Unidades Móviles —radió Martin—. Sigán el Plan Panadero-Feliz, repito, Plan Panadero-Feliz. Cambio y corto.

Se alejó del transmisor, sonriendo aún torvamente y con un cigarrillo apagado colgando de una comisura de su boca.

Las Roy Bell Dancers se habían marchado ya, y el gran Salón de Baile estaba desierto. El transmisor zumbó suavemente para sí mismo, luego crujió. Transcurrieron varios segundos; finalmente pudo oírse una voz en el receptor.

—Aquí 32ZOZ4321 llamando a CQ... ¿Hay alguien ahí?

En el gran Salón de Baile reinaba el silencio; eternamente, inevitablemente, no había nadie allí..

## XI

El Club de Caza romano era un edificio de agradables proporciones y de construcción neo-Barcarola. Polletti entró, cruzó las salas públicas y tomó el ascensor hasta el tercer piso. Allí se encaminó hacia una puerta con una placa que decía: ANEXO 1 PARA MIEMBROS (SOLAMENTE HOMBRES). Este era uno de los pocos lugares en Roma donde un hombre podía relajarse, fumar, conversar, leer periódicos, discutir temas de Caza, e incluso dormir, sin que su esposa pudiera aparecer inesperadamente. Además, un hombre siempre podía *decir* que había estado allí, no importa donde hubiera estado. En la sala no había ningún teléfono, y los miembros del Club consideraban la lealtad como el compendio de todas las virtudes.

Las Cazadoras femeninas se habían quejado de aquel exclusivismo masculino, de modo que el Club les había proporcionado su propia sala en el primer piso, señalada como ANEXO N.º 2 (SOLO PARA MUJERES). La solución no las había dejado satisfechas, en realidad. Pero, como observó Voltaire en cierta ocasión, ¿qué satisfacía a una mujer, *en realidad?*

Polletti se dejó caer en una butaca y respondió a los saludos de seis o siete amigos. Todos deseaban saber cómo marchaba su Caza, y Polletti les dijo sinceramente que no tenía la menor idea.

—Eso es malo —dijo Vittorio di Lucca, un canoso milanés con ocho asesinatos en su haber.

—Es posible —dijo Polletti—. Pero aún estoy vivo— puntualizó.

—Es cierto —dijo Cario Savizzi, un joven rollizo con el que Marcello había ido a la escuela—. Pero no puedes atribuirte ningún mérito por ello, ¿no te parece?

—Supongo que no —dijo Marcello—. Pero no creo que pudiera hacer mucho más de lo que he hecho.

—Podías hacer mucho más —afirmó un anciano robusto, de cabellos grises y rostro como cuero mal curtido.

Polletti y los otros esperaron. El anciano era Giulio Pombello, el único Vencedor Absoluto de que Roma podía alardear. Y había que mostrarse respetuoso con un Vencedor Absoluto aunque dijera tonterías, como solía hacer Pombello.

—Deberías organizar una defensa —dijo Pombello, agitando su mano derecha defensivamente—. Hay muchas defensas buenas, del mismo modo que hay muchas tácticas de Caza buenas. La selección es fundamental, desde luego: por ejemplo, una Víctima no debe escoger una táctica de Cazador, y un Cazador haría mal en pensar en términos de defensa. ¿Consideráis esto correcto, o he planteado mal la situación?

Todo el mundo murmuró que las palabras del Maestro (a Pombello le gustaba que le llamaran Maestro) eran adecuadas, sabias, interesantes y concretas. Todo el mundo, también, deseó que Pombello se quedara mudo de repente, o recibiera una urgente llamada telefónica reclamando su presencia en Córcega.

—De modo que hemos reducido el problema a sus términos fundamentales —dijo el Maestro—. Tú eres una Víctima, Marcello, y en consecuencia necesitas una defensa. Nada podría ser más simple. Sólo nos queda decidir cuál de las numerosas y excelentes defensas a tu alcance debes escoger.

—No poseo una mentalidad defensiva —dijo Polletti—. Ni tampoco ofensiva —añadió, como una reflexión tardía.

El Maestro ignoró sus palabras, como había ignorado las palabras de todo el mundo después de su Décimo Asesinato.

—Tu mejor posibilidad —dijo— sería utilizar la Secuencia del Campo Concéntrico Profundo de Hartman.

Los otros asintieron lentamente. El viejo *sabía* mucho acerca de la Caza, pensándolo bien.

—Es muy fácil de desarrollar —dijo el Maestro—. Ante todo se escoge una aldea no demasiado pequeña, o quizás un pueblo. Hay que estar razonablemente seguro de que ni el Cazador ni sus parientes viven en aquel pueblo en particular, dado que ese factor haría ineficaz la defensa. Pero un pueblo neutral no resulta demasiado difícil de encontrar; de hecho, las probabilidades están abrumadoramente a tu favor.

—Es cierto —dijo Vittorio—. La semana pasada leí...

—Bien —continuó el Maestro—; una vez encontrado el pueblo, te vas a vivir allí durante una semana, o un mes, o el tiempo que tu Cazador necesite para descubrir dónde estás. Luego, cuando se presente en busca tuya, le matas. No puedes ser más sencillo. Todo el mundo manifestó su aprobación. Polletti preguntó:

—¿Qué pasa si el Cazador le descubre a uno primero, disfrazado, quizás, o...?

—Oh, ahora me doy cuenta de que no he mencionado el punto clave de la Secuencia del Campo Concéntrico Profundo de Hartman —dijo el Maestro, sonriendo ante su propio descuido—. El Cazador *no puede* descubrirete antes que tú a él, por ingenioso que sea su disfraz. *No puede* pasar inadvertido. En cuanto entra en el pueblo, está a tu merced.

—¿Por qué? —preguntó Polletti.

—Porque —dijo el Maestro— tú habrás pagado previamente a todos los hombres, mujeres y niños del pueblo para que actúen de Localizadores, y además habrás prometido una prima especial para el primero de ellos que localice al Cazador. Sencillo, ¿eh? Eso es lo único que hay que hacer.

El Maestro se echó hacia atrás en su butaca, irradiando satisfacción. Los otros murmuraron su aprobación.

—¿Pagar a todos los hombres, mujeres y niños? —dijo Polletti—. Eso representa una considerable suma de dinero. Suponiendo que sea un pueblo de mil habitantes...

El Maestro agitó sus manos impacientemente.

—Se necesitarían unos cuantos millones de liras, pagadas por adelantado. Pero, ¿qué significa eso a cambio de la propia vida?

—Absolutamente nada —se apresuró a contestar Polletti—. Pero yo no tengo unos cuantos millones de liras.

—Mala suerte —dijo el Maestro—. Personalmente, creo que la Secuencia de Hartman es la mejor de todas las defensas.

—Tal vez si pudiera conseguir un crédito... —Pero no hay que desesperar —dijo el Maestro—. Me parece recordar haber oído algunas cosas excelentes acerca de la Defensa Estática de Carr, aunque yo nunca la he utilizado.

—Leí algo sobre el tema la semana pasada —dijo Vittorio—. En la Defensa Estática de Carr, hay que encerrarse en una habitación con las paredes, el suelo y el techo de acero, junto con un regenerador de oxígeno, un reconversor de agua, una abundante provisión de alimentos y un buen material de lectura. La casa Abercrombie & Fitch vende un equipo completo, con paredes de acero superreforzado de siete centímetros de espesor, garantizado incondicionalmente contra cualquier explosión de hasta un megatón.

—¿Me venderían uno a crédito? —preguntó Polletti.

—Es posible —dijo Cario—. Pero será mejor que te advierta que la casa Fortnum & Masón vende ahora un vibrador múltiple garantizado incondicionalmente para destruir todo lo que pueda encontrarse en el interior de una de esas cajas. —Suspiró y se pasó la mano por la frente—. Eso fue lo que le ocurrió a mi pobre primo, Luigi, en su primera defensa.

Todo el mundo murmuró su condolencia.

—Por mi parte —dijo el Maestro—, nunca me han gustado las defensas estáticas. Son demasiado estáticas, carecen de flexibilidad. Sin embargo, un sobrino mío utilizó en cierta ocasión una ingeniosa Defensa de Campo Abierto.

—Nunca he oído hablar de ella —dijo Polletti.

—Es una forma oriental —dijo el Maestro—. Los japoneses la llaman "Invulnerabilidad A Través de Vulnerabilidad Aparente". Los chinos se refieren a ella como "El Centímetro Que Contiene Diez Mil Metros". Creo que hay también un nombre hindú para ella, aunque en este momento no puedo recordarlo.

Todo el mundo esperó. Finalmente, el Maestro dijo:

—Bueno, los nombres no importan. La esencia de la defensa, tal como mi sobrino me la explicó, es el Campo Abierto. *¡Campo Abierto!*

Todo el mundo asintió y se inclinó hacia adelante.

—Para su defensa, mi sobrino alquiló unos cuantos kilómetros cuadrados de terreno desértico en los Abruzzos por muy poco dinero. Instaló una tienda de campaña en el centro... Desde ella podía ver kilómetros y kilómetros en todas direcciones. Tomó prestado un aparato de radar de uno de sus amigos, y compró un par de cañones antiaéreos a un vendedor de armas de segunda mano. Ni siquiera tuvo que pagarlos en metálico: cambió su automóvil por ellos. Creo que también consiguió unos focos en alguna parte, y lo instaló todo en dos días. ¿Qué opinas de eso, Marcello?

—Ingenioso —dijo Marcello pensativamente—. El sistema parece bueno.

—Eso mismo pensé yo —dijo el Maestro—. Pero, por desgracia, el Cazador de mi sobrino se limitó a comprar una excavadora de túneles de desecho de la Aramco, excavó un túnel hasta llegar debajo de la tienda del muchacho, colocó una carga explosiva y le hizo pedazos.

—Triste, muy triste —dijo Vittorio.

—Fue un golpe para toda nuestra familia —dijo el Maestro—. Pero la idea básica sigue siendo aprovechable. Verás, Marcello, si se parte del mismo concepto con algunas modificaciones, por ejemplo, alquilando una llanura de granito en vez de un desierto de arena y piedra caliza, y si se instala también equipo sismográfico, la defensa podría funcionar perfectamente. Seguiría teniendo ciertos fallos, desde luego; los cañones antiaéreos antiguos no son

muy eficaces contra los modernos cohetes. Y siempre existe la posibilidad de que el Cazador compre un mortero o un tanque, en cuyo caso el hecho de que la defensa sea a campo abierto constituiría una desventaja.

—Sí —dijo Polletti—. Y además, no creo que yo pudiera disponer a tiempo de todo lo necesario.

—¿Qué me dices de una emboscada? —inquirió Vittorio—. Conozco varias emboscadas soberbias. Pero las mejores requieren tiempo y dinero, desde luego...

—No tengo dinero —dijo Polletti, poniéndose en pie—, y probablemente no tengo tiempo, tampoco. Pero quiero daros las gracias a todos por vuestras sugerencias, especialmente al Maestro.

—No tiene importancia —dijo el Maestro—. Pero, ¿qué es lo que vas a hacer?

—Nada, absolutamente nada —dijo Marcello—. Después de todo, hay que permanecer fiel al propio temperamento.

—¡Marcello, estás loco! —exclamó Vittorio.

—En absoluto —dijo Polletti, parándose junto a la puerta—. Soy simplemente pasivo. Buenas tardes a todos, caballeros.

Polletti se inclinó ligeramente y se marchó. Los otros permanecieron en silencio unos instantes, mirándose unos a otros con expresiones en las que se mezclaban la consternación y el hastío.

—Está aquejado de una fascinación fatal por la muerte —declaró finalmente el Maestro—. Esto, en mi experiencia, es un estado mental típicamente romano contra el cual uno debe luchar con todo su ser. Los síntomas de esta enfermedad, ya que se trata de una enfermedad, son muy evidentes para un observador experto. Consisten...

Los otros escuchaban con expresiones heladas y vacías. Vittorio deseaba fervientemente que el Viejo fuese atropellado por un automóvil, preferiblemente un Cadillac, y tuviera que permanecer hospitalizado durante un par de años. Cario se había quedado dormido con los ojos abiertos; incluso en aquel estado seguía murmurando "Hmmm" cada vez que el Maestro hacía una pausa, y dando una ocasional chupada a su cigarrillo. Nunca había revelado a nadie cómo había aprendido a hacer esto.

## XII

Caroline levantó su brazo izquierdo. En su muñeca llevaba un reloj-radio Dick Tracy: un recuerdo de familia que los Meredith heredaban desde hacía varias generaciones. La gente siempre le estaba diciendo que debería adquirir un reloj-radio más moderno, de tamaño más reducido, con nuevas características y ventajas. Caroline estaba de acuerdo en teoría, pero se negaba a desprenderse de lo antiguo. *Funcionaba*, decía; y, además, tenía para ella un gran valor sentimental.

—Martin —susurró Caroline en el reloj—, ¿qué significa "Belleza di Adam"?

—No desconectes, voy a enterarme —dijo Martin, en tono apenas audible a través del pequeño altavoz del reloj.

Martin regresó casi inmediatamente.

—Chet dice que significa "El Salón de Belleza de Adán", el mismo que tenemos nosotros en Nueva York. Dice que Polletti va a afeitarse las muñecas

allí cada dos días, y luego come un bocadillo o se toma una copa en el snack bar.

—Chet sabe muchas cosas —dijo Caroline.

—Desde luego —asintió Martin—. En realidad, algunas personas opinan que sabe demasiado... Pero, ¿por qué quieres saber lo del "Adán"?

—Porque Polletti está ahora allí —dijo Caroline—. Llegué al Club de Caza en el preciso instante en que él salía, y le he seguido hasta el "Adán". Pero las mujeres no pueden entrar en un salón de belleza para hombres, ¿verdad?

—En la sección de afeitado de muñecas, no. Pero el snack bar está abierto al público en general.

—Estupendo —dijo Caroline—. Iré al snack bar y le echaré una ojeada a Polletti.

—¿Crees que debes hacerlo? —preguntó Martin—. Quiero decir que tal vez no sea estrictamente necesario. Tenemos un par de magníficas ideas para atraer a ese individuo al Coliseo mañana por la mañana.

—Lo sé todo acerca de vuestras ideas —dijo Caroline— y, francamente, no creo mucho en ellas. Llevaré a Polletti por mi cuenta. Además, quiero verle de cerca. Quiero conocerle, si es posible.

—¿Por qué? —preguntó Martin.

—Porque de esa manera la cosa resulta mucho más agradable. ¿Qué crees que soy, algún tipo de asesino patológico? Me gusta *saber* a quién voy a matar. Ese es el único modo civilizado de hacer las cosas.

—De acuerdo, nena, es asunto tuyo. Pero procura que él no se te adelante. Estás jugando con fuego, ¿sabes?

—Lo sé. Pero no hay nada tan divertido como jugar con fuego.

Caroline desconectó su reloj-radio Dick Tracy y entró en el "Belleza di Adam". Pasó por delante de la sección de afeitado de muñecas y se dirigió al snack bar, situado en la parte de atrás. Vio a Polletti inmediatamente. Acababa de almorzar y estaba retrepado en su asiento, con una taza de café delante y un tebeo en las manos.

Caroline se sentó en una mesa contigua y pidió un plato de algas estofadas a la milanesa. Sacó un cigarrillo, rebuscó en su bolso y se volvió hacia Polletti con una tímida sonrisa.

—Me he quedado sin cerillas —murmuró.

—Pídaselas al camarero —dijo Polletti, sin alzar la mirada. Estaba absorto en su tebeo, volviendo las páginas rápidamente para descubrir lo que ocurría a continuación, aunque resistiéndose a abandonar lo que quedaba atrás.

Caroline frunció el ceño. Tenía un aspecto adorable cuando fruncía el ceño, de hecho el mismo aspecto que cuando hacía cualquier cosa. Pero su belleza se desperdiciaba en un hombre que no alzaba la mirada de su tebeo. Caroline suspiró espléndidamente y luego se dio cuenta de que cada una de las mesas estaba equipada con un teléfono y un número claramente visible. Sonriendo con malicia (algo que hacía extraordinariamente bien), marcó el número de Polletti.

El teléfono de Polletti sonó repetidamente, pero él no pareció oírlo. Luego, finalmente, se volvió hacia Caroline y dijo:

—Ya le dicho que se las pidiera al camarero.

—Bueno, en realidad no necesito *cerillas* —dijo Caroline, ruborizándose deliciosamente—. El hecho es que soy norteamericana y quería hablar con un varón italiano.

Polletti hizo un gesto con las manos dando a entender que Roma estaba llena de varones italianos en aquel momento. Luego volvió a absorberse en su tebeo.

—Me llamo Caroline Meredith —dijo Caroline graciosamente. —¿De veras? —dijo Polletti, sin alzar la mirada.

Caroline no estaba acostumbrada a ser tratada de aquella manera; pero se mordió el labio de un modo encantador y no se dio por vencida.

—¿Está libre esta tarde? —preguntó.

—Esta tarde espero estar muerto —respondió Polletti, al tiempo que sacaba una tarjeta de su bolsillo y se la tendía a Caroline, sin levantar la vista de su tebeo.

La tarjeta decía: *¡Cuidado! ¡Soy una Víctima!* Era una nota de advertencia impresa en seis idiomas.

—¡Tiene gracia! —dijo Caroline con voz que era una pura delicia—. ¡Una Víctima, y está aquí a la vista de todo el mundo! Es una actitud *muy* valiente por su parte.

—No puedo hacer otra cosa —respondió Polletti—. No tengo bastante dinero para organizar una defensa.

—¿No podría vender sus muebles? —sugirió Caroline.

—Se los están llevando —dijo Polletti—. No he podido pagar los plazos. —Volvió una página de su tebeo y empezó a sonreír.

—Bueno —dijo Caroline—, *tiene* que haber *algo...*

Se interrumpió bruscamente al sonido de una súbita conmoción. Un hombre bajito, de rostro ratonil, había entrado corriendo en el snack bar, lo había cruzado, había llegado a la pared del fondo y se había vuelto, temblando de pies a cabeza. Unos instantes después entró un segundo hombre. Era sumamente alto y delgado, y su alargado rostro estaba curtido con el color de una silla de montar peruana.

Llevaba un sombrero blanco de alas muy anchas, un pañuelo negro anudado al cuello, una chaqueta de piel de gamo, y botas de vaquero. Llevaba también dos revólveres Colt colgando muy bajos en sus caderas en sus correspondientes fundas.

—Bueno, Blackie —dijo el hombre delgado, con una voz engañosamente suave—, por fin volvemos a vernos.

—Eso parece —dijo el hombre de rostro ratonil. Había dejado de temblar, pero el miedo seguía reflejándose en sus desagradables facciones.

—Y por fin —dijo el hombre delgado— saldaremos nuestra cuenta de una vez por todas.

Caroline, Polletti y el resto de los clientes buscaron refugio inmediatamente debajo de las mesas.

—No hay nada que saldar entre nosotros —gorjeó el hombre de rostro ratonil—. No hay realmente nada que saldar.

—¿Esa es tu opinión? —inquirió el hombre delgado, con una engañosa suavidad que ya no engañaba a nadie—. Bueno, Blackie, tal vez tú y yo no coincidamos en nuestros puntos de vista. Yo soy un tipo lo bastante anticuado como para sentirme dolido porque el ferrocarril acabara con mis mejores pastos, y porque la muchacha de la que estaba enamorado se casara con un lechuguino banquero de Boston, y porque me robaran mi dinero en una partida de naipes amañada... Estas son las cuentas que tengo que saldar, Blackie, y no pienso quedarme con los brazos cruzados.

—¡Espera! —gritó Blackie desesperadamente—. ¡Puedo explicarlo todo!  
—¡Ahorra palabras! —dijo el hombre delgado—. ¡Vamos, lechuguino, echa mano a tu funda!

—¡Por favor, Duke, por favor, ni siquiera voy armado!

—Entonces, reconozco que seré el único que echará mano a su funda —dijo Duke implacablemente. Su mano derecha inició un movimiento hacia su pistolera. En aquel momento, el camarero recobró su presencia de ánimo y gritó:

—¡No, no debe usted hacer eso, señor!

Duke se volvió hacia él y le dijo con engañosa suavidad:

—Hijo mío, te aconsejo que no metas tu larga nariz en los asuntos de otras personas, si no quieres que algún colérico ciudadano la emprenda a tiros contigo.

—No pretendo inmiscuirme en sus asuntos, señor —dijo el camarero—. Sólo quería advertirle que en esas condiciones el asesinato es ilegal.

—Mira, muchacho —dijo el alto extranjero—, soy un Cazador plenamente acreditado, y esa rata temblorosa es mi Víctima plenamente acreditada. Tengo todos los documentos en regla, de modo que procura mantenerte fuera de la línea de fuego.

—¡Por favor, señor! —exclamó el camarero—. No estaba poniendo en duda su situación legal. Cualquiera puede darse cuenta a simple vista de que es usted un hombre con perfecto derecho a matar. Pero, por desgracia, estos establecimientos han sido declarados terreno neutral, de manera que en ellos no puede cometerse ningún asesinato, ni legales ni de otra clase.

—¡Lo que faltaba! —exclamó Duke—. Primero no se puede matar en la iglesia, luego no dejan matar en los restaurantes, después prohíben matar en las barberías, y ahora los *snack bars*. A este paso, un hombre tendrá que quedarse en casa y morir de vejez.

—No creo que las cosas hayan llegado aún a ese extremo —dijo el camarero, contemporizando.

—Tal vez no, hijo mío, pero nos estamos acercando. ¿Tienes algún inconveniente en que liquide a esa mofeta en el callejón de atrás? —Será un honor para nosotros, señor —dijo el camarero.

—De acuerdo —dijo Duke torvamente—. Blackie, puedes enviar un mensaje final a tu Creador antes de... ¡Hey! ¿Dónde está Blackie?

—Se marchó mientras usted hablaba con el camarero —dijo Polletti.

Duke hizo chasquear sus dedos, disgustado.

—Ese Blackie es muy escurridizo, pero no dejaré que se me escape.

Dio media vuelta y echó a correr hacia la puerta. Todo el mundo volvió a sentarse. Polletti reanudó la lectura de su tebeo. Caroline reanudó su contemplación de Polletti. El camarero volvió a dedicarse a preparar Martinis dobles.

Sonó el teléfono de Polletti, el cual agitó una mano en dirección a Caroline, indicándole vagamente que contestara a la llamada. Complacida y orgullosa por haber alcanzado aquel grado de intimidación con su enigmática Víctima, Caroline levantó el receptor.

—¿Diga? Un momento, por favor. —Caroline se volvió hacia Polletti—. Preguntan por el señor Marcello Polletti. ¿Es usted?

Polletti volvió la última página de su tebeo y preguntó:

—¿Es un hombre o una mujer?

—Mujer.

—Entonces, dígame que acabo de marcharme.

Caroline le habló al receptor:

—Lo siento, acaba de marcharse... Sí, eso es, no está aquí... ¿Cómo que estoy mintiendo? ¿Por qué diablos habría de mentir?... ¿Qué?... ¿Cuál es mi nombre? Mi nombre no le importa. ¿Cómo se llama *usted*? ¿Qué dice?... ¡La tuya, hermana! ¡Adiós!... ¿Qué?... Sí, *de veras, de veras* acaba de marcharse. Colgó con aire indignado y se volvió hacia Polletti. El asiento de su Víctima estaba vacío.

—¿Dónde está? —le preguntó al camarero.

—Acaba de marcharse —dijo el camarero.

### XIII

Polletti estaba conduciendo un Buick-Olivetti XXV que le había prestado el generoso sobrino de un amigo de uno de los novios de su hermana. Odiaba el automóvil porque estaba pintado de color fucsia, un color que Polletti siempre había asociado con la fiebre tifoidea. Pero era el único automóvil que había tenido a mano en aquel momento.

Dos kilómetros más allá de Roma paró en una estación de servicio. Le indicó con un gesto al empleado que llenara el depósito, abrió la portezuela y se apeó.

Oyó un salvaje chirriar de frenos, se giró y vio un Lotus color café precipitándose sobre él. Polletti permaneció clavado en el suelo, sin saber hacia qué lado saltar, suponiendo que fuera capaz de saltar.

El Lotus le esquivó limpiamente trazando un semicírculo Immelman perfecto y se detuvo. Caroline se apeó, y su perfume almizcleño se impuso al hedor a goma quemada.

—Hola —dijo.

Había muchas respuestas posibles a una afirmación como aquella, pero Polletti no utilizó ninguna de ellas.

—¿Por qué me está siguiendo? —preguntó bruscamente—. ¿Qué es lo que quiere?

Caroline se acercó más a él, precedida por su turbador perfume; dándose cuenta de ello, Polletti volvió a subir inmediatamente a su automóvil.

—¿Puede dedicarme un par de minutos? —preguntó Caroline.

—No.

—¿Un minuto?

—Voy con retraso, no tengo tiempo —dijo Polletti, pagando al empleado y poniendo su automóvil en marcha.

—Escuche...

—Lámeme la semana próxima —dijo Polletti.

—Será demasiado tarde —dijo Caroline—. Mire, estoy en Roma para realizar una investigación sobre la conducta sexual del varón italiano. Mi empresa está interesada en cualquier aspecto anormal...

—En tal caso no me necesita a mí —dijo Polletti.

—...pero, desde luego, estamos más interesados todavía en cualquier aspecto *normal* —se apresuró a añadir Caroline.

Polletti frunció el ceño.

—Dentro de una estructura concreta de particularidad altamente individual, desde luego —dijo Caroline—. Por eso estoy interesada en usted. Sería una entrevista televisada en el Coliseo. Yo le haría algunas preguntas...

—¿Solamente a mí? —inquirió Polletti.

Caroline asintió.

—Creí que había dicho que se trataba de una investigación.

—Me refería a una investigación *individual* —explicó Caroline—. Una encuesta en profundidad, y no un mero análisis superficial.

Polletti parpadeó un par de veces. —No comprendo por qué me desea a mí, en particular, para esa entrevista.

Caroline sonrió y se apartó ligeramente. Cuando habló, su voz reflejaba cierta timidez.

—Porque me atrae usted —dijo—. Hay algo en usted... cierta debilidad evasiva, una inasequible fragilidad...

Polletti asintió comprensivamente y sonrió. Caroline alargó la mano hacia la manecilla de la portezuela. Polletti pisó a fondo el acelerador y no tardó en perderse de vista.

#### XIV

Polletti se dirigió hacia el norte por la antigua carretera de Civitavecchia, pegada a la costa, dejando atrás una interminable hilera de cipreses a su derecha y una playa rocosa a su izquierda. El estado de ánimo de Polletti podía deducirse del hecho de que tenía el acelerador de su Buick-Olivetti XXV pisado a fondo, y no pensaba detenerse ante ningún obstáculo, animado o inanimado. El hecho de que el asmático automóvil no fuera capaz de superar los sesenta kilómetros por hora no empequeñecía el gesto de Polletti ni lo hacía menos sincero.

Finalmente llegó a una extensión de playa rodeada por una cerca de alambre. Había una verja, y encima de ella un letrero: LOS OCASISTAS. Un empleado se adelantó y abrió la verja de par en par con unas muestras de deferencia tan grandes como ridículas. Polletti inclinó ligeramente la cabeza y entró en el recinto.

Se detuvo delante de una pequeña cabaña prefabricada. Más allá de la cabaña había una tribuna, parcialmente llena de cuerpos de mediana edad pertenecientes a personas de ambos sexos. Más allá de la tribuna estaba el mar, y encima mismo del borde del agua la roja esfera del sol. Polletti consultó su reloj. Eran las seis cuarenta y tres de la tarde. Entró en la cabaña.

En el interior se encontraba su socio, Gino, sentado delante de una mesa y revisando una columna de cifras.

—¿Cuántos esta vez? —preguntó Polletti.

—Catorce mil doscientos treinta y tres clientes de pago —dijo Gino—. También cinco polizontes, veintitrés boy scouts y seis sobrinos de Vittorio, todos sin pagar.

—Tendremos que llamarle la atención a Vittorio —dijo Marcello—. Una cosa es la amistad y otra el negocio... —Se sentó en una silla plegable—. ¿Sólo catorce mil? Eso apenas paga el alquiler de la tribuna.

—No es como antes —asintió Gino—. Recuerdo cuando...

—Olvidalo —dijo Polletti—. ¿Has comprobado que ninguno de ellos lleve armas?

—Desde luego —dijo Gino—. No quisiera que te alcanzaran en pleno trabajo.

—Yo tampoco —dijo Polletti, mirando lúgubrementemente al espacio.

Siguió un breve e incómodo silencio. Finalmente, Gino dijo:

—Son las seis cuarenta y siete, Marcello.

—¿De veras? —replicó Polletti en tono mordaz.

—Tienes que salir en seguida. Te quedan menos de cinco minutos. ¿Cómo te sientes?

Polletti no pudo encontrar palabras para expresar su estado de ánimo, de modo que se limitó a hacer una mueca bestial.

—Lo sé, lo sé —dijo Gino comprensivamente—. Así es como acostumbras a sentirte, especialmente cuando se acerca el momento de salir. Pero nosotros podemos acabar con esos sentimientos indeseables, ¿verdad? Vamos, trágate esto.

Le entregó a Polletti un vaso de agua y una diminuta píldora roja. Polletti sabía por larga experiencia que era Limnio, una de las nuevas drogas destinadas a aislar y potenciar el llamado factor "expansibilidad" en la psique humana.

—No lo quiero —dijo Polletti, pero se lo tragó.

Luego, resignadamente, se tragó una píldora de color púrpura con franjas blancas de Gneia-Illa, el recientemente modificado evocador de carisma desarrollado por I. J. Farben. Luego llegó una esfera dorada de Dharmoid, el agente de propincuidad-percepción-reducción desarrollado en los Laboratorios Hyderabad, y luego una ampolla de Lacchrimol, de efectos cuidadosamente retardados para que las lágrimas brotaran en el momento preciso, ni un segundo antes ni un segundo después, y finalmente una cápsula de Hyperbendex, el más moderno potenciador de la potencia psíquica.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó Gino.

—Dispuesto a todo —dijo Polletti. Frunció los labios y consultó su reloj. Luego, mientras los diversos ingredientes actuaban, saltó de la silla plegable y corrió hacia un pequeño tocador situado en un rincón de la cabaña. Allí se puso su traje de faena, una sencilla túnica Redención de plástico blanco, colgó alrededor de su cuello una medalla de latón imitando una placa solar maya de oro, y colocó una rizada peluca rubia sobre sus negros cabellos.

—¿Qué aspecto tengo? —gritó.

—Grandioso, Marcello, grandioso —dijo Gino—. De hecho, nunca habías tenido un aspecto tan grandioso como ahora.

—¿Lo dices de veras? —preguntó Marcello.

—Lo juro por lo que más quiero —dijo Gino, como decía siempre. Consultó su reloj—. ¡Falta menos de un minuto! ¡Ve a darles lo que esperan, Marcello!

—Creo que esta noche estaré sensacional —dijo Marcello, y echó a andar majestuosamente hacia la puerta. Gino le contempló mientras salía, y notó un pequeño latido en su garganta. Sabía que estaba contemplando a un verdadero actor; y sabía también que estaba a punto de sufrir un ataque de indigestión.

Polletti avanzaba majestuosamente al encuentro de su auditorio. Su mirada era tranquila, su andar pausado. Detrás y alrededor de él, las melodiosas notas del *O Solé Mío* eran difundidas por el aire inmóvil y expectante.

Cerca había un juncial marchito sobre el cual no cantaba ningún pájaro. Y más allá un pulpito rojo al cual se encaramó Polletti. Enfrentándose al auditorio y ajustando el micrófono, Polletti declamó:

—Hoy, al final de este día igual y sin embargo distinto de todos los otros días, sobre nuestra frágil corteza de mortalidad con la cual viajamos a través de las borrascosas aguas de la eternidad, pensamos para nosotros mismos este pensamiento...

El auditorio se inclinó hacia adelante con expectación. Polletti vio a Caroline sonriéndole desde la primera fila. Parpadeó rápidamente un par de veces y se recobró de la sorpresa.

—Esos últimos rayos de sol moribundo pero siempre renovándose —afirmó Polletti—, llegan a nosotros desde ciento cuarenta y nueve millones y medio de kilómetros de distancia. ¿Qué podemos deducir de esto? Esa distancia es sobrenatural e ilógica, implacable y no obstante ilusoria; ya que, ¿no retornará a nosotros nuestro ígneo padre?

—¡Desde luego que retornará! —gritaron varios millares de voces.

Polletti sonrió tristemente.

—Y cuando retorne... ¿estaremos *nosotros* aquí para recibir su calor que es fuente de vida?

—¿Quién puede saber en realidad si esa proposición es cierta o no? —respondió el auditorio inmediatamente.

—¿Quién, en realidad? —respondió Polletti a su respuesta—. Pero podemos encontrar consuelo en la idea de que nuestro padre no ha desaparecido en absoluto; de que incluso ahora está apresurando simplemente su viaje hacia Los Ángeles.

El sol se estaba deslizando debajo de las olas del océano. La mayoría del auditorio estaba llorando, a excepción de un pequeño grupo de irreductibles que discutían diversos aspectos de la doctrina de la pseudopropincuidad solar. Incluso Caroline parecía conmovida. El propio Polletti lloraba al final de su discurso, pronunciado enteramente en griego demótico.

Había oscurecido del todo y, entre aplausos y maldiciones, Polletti se apeó del pulpito.

Una mano agarró la suya en la oscuridad. Era Caroline, con el rostro cubierto de lágrimas.

—¡Marcello, ha sido maravilloso! —dijo.

—Supongo que ha estado bien —dijo Marcello, sollozando aún—, si a uno le gustan las puestas de sol.

—¿No le gustan a usted?

—No de un modo particular —dijo Polletti—. Pero da la casualidad de que estoy metido en este negocio.

—¡Pero está usted llorando! —observó Caroline. —Efectos de una droga —dijo Polletti. Se secó los ojos—. No tardarán en desvanecerse. En este negocio hay que mostrarse convincente, y eso resulta difícil cuando uno no está convencido. Pero, desde luego, el negocio es así.

—¿Cómo marcha lo de los Ocasistas? —preguntó Caroline.

—No tan bien como antes —dijo Polletti—. Pero... —Se interrumpió y miró a Caroline—. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Es esto una entrevista, o simple curiosidad?

—¡Oh! Supongo que las dos cosas.

—¿Todavía desea realizar aquella entrevista conmigo? —preguntó Polletti bruscamente.

—Desde luego.

—Muy bien —dijo Polletti—. Lo haré. Por una cantidad razonable, desde luego.

—Digamos trescientos dólares —sugirió Caroline.

Polletti se encogió de hombros y echó a andar hacia su cabaña. Caroline le siguió, diciendo:

—¿Quinientos?

Polletti continuó andando. Con un suspiro de resignación, Caroline aumentó la oferta a mil dólares.

Polletti se detuvo.

—¿Cuánto tiempo durará la entrevista?

—Una hora, dos a lo sumo.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana, a las diez en punto, en el Coliseo.

—De acuerdo —dijo Polletti—. Creo que estaré libre. Pero quizá debería usted pagarme un anticipo, para más seguridad.

Desconcertada, Caroline abrió su bolso, sacó un arrugado billete de quinientos dólares y se lo entregó. Polletti se quitó la peluca y abrió un pequeño monedero disimulado en el forro. Guardó el billete allí, cerró la cremallera y dijo:

—Gracias. Hasta mañana.

Y entró tranquilamente en la cabaña.

## XV

Polletti cambió su túnica por sus ropas de calle y luego se sentó durante diez minutos contemplando su dedo índice derecho. Hasta entonces no se había dado cuenta de que era dos centímetros más largo que su dedo anular derecho. El descubrimiento de esta asimetría, que en cualquier otro momento podría haberle divertido, ahora sirvió solamente para enfurecerle. Y su furor, a su vez, sirvió solamente para deprimirle, y para producir en su mente imágenes de guillotinas digitales, hachas de filo mellado, yataganes en espiral, hojas de afeitar manchadas de sangre...

Sacudió la cabeza violentamente, luchó por dominarse y se tragó una dosis completa de Infradex, una droga que mitigaba las reacciones de las drogas. Al cabo de unos segundos se encontraba en su estado de ánimo normalmente deprimido. Esto le alegró considerablemente, y salió de la cabaña sintiéndose casi ecuánime.

Fuera, en la semioscuridad, algo o alguien tocó su manga. Los reflejos rápidos como el rayo de Polletti entraron en acción, y giró en la Maniobra Defensiva Número Tres, Primera Parte. Simultáneamente, su mano derecha salió disparada hacia la funda de su revólver. Por desgracia, tuvo la mala suerte de tropezar con la raíz de un ciprés. Su mano erró la culata del arma por sólo 1,6 centímetros, y, sólo consiguió rasgarse la chaqueta mientras caía pesadamente al suelo.

De modo que era así como ocurría, pensó Polletti. Un momento de descuido, y la muerte largamente esperada llegaba al fin... ¡Inesperadamente! En

aquellos instantes de agonía, indefenso sobre el quebrado suelo, Polletti se dio cuenta que no era posible ninguna preparación para la propia muerte. La muerte tiene demasiada experiencia en pillar a los hombres desprevenidos, en hacer trizas sus actitudes y sus posturas.

Lo único que cabía hacer era morir con dignidad. En consecuencia, Polletti secó un hilillo de baba de sus labios, estranguló un eructo indigno y sonrió con irónica aceptación.

—Cielos —dijo Caroline—, no me proponía sobresaltarle... ¿Se ha hecho usted daño?

—Nada se ha lastimado, salvo mi propia estimación —dijo Polletti, poniéndose en pie y sacudiendo el polvo de sus ropas—. No debe usted tocar a una Víctima así, por sorpresa: podría haberla matado.

—Supongo que hubiera podido hacerlo —dijo Caroline—, si hubiese podido sacar su arma sin caerse. Es usted más bien torpe, ¿no es cierto?

—Sólo cuando pierdo el equilibrio —replicó Polletti con dignidad—. ¿Le importaría decirme por qué está rondando por aquí?

—Resulta un poco difícil de explicar —dijo Caroline.

—Comprendo —dijo Polletti, sonriendo cínicamente.

—No, no es lo que usted piensa. —Desde luego que no —dijo Polletti, sonriendo más cínicamente todavía.

—Quería hablar con usted, simplemente.

Polletti asintió irónicamente y sonrió más cínicamente que nunca; luego, dado que detestaba las actitudes extremistas, se encogió de hombros y murmuró:

—De acuerdo, no me importa, vamos a hablar.

Anduvieron juntos a lo largo de la plateada franja de playa. Empezaba a anochecer; detrás de ellos el cielo oriental era azul-negro, como una gran magulladura purpurina en el blando y blanco bajo vientre del firmamento. Hacia el oeste, los pálidos colores dejados por el sol poniente se hundían irresistiblemente en las olas aceradas del Mar Tirreno. Un leve brillo de estrellas era visible ya contra la invasora oscuridad hacia el sur.

—Qué estrellas más bonitas —dijo Caroline con desacostumbrada timidez—. Especialmente aquella pequeña de allí, a la izquierda.

—Esa es U. Cephei —dijo Polletti—. Es una binaria, en realidad, y su estrella principal es una espectral tipo B, que corresponde a una temperatura de superficie de unos quince mil grados.

—No sabía eso —dijo Caroline, sentándose en la arena.

—La pequeña compañera de U. Cephei —continuó Polletti— tiene una temperatura de superficie de sólo seis mil grados, grado más grado menos. — Se sentó al lado de Caroline.

—Eso es triste, en un sentido —dijo Caroline.

—Sí, supongo que lo es, en un sentido —dijo Polletti. Se sentía extrañamente aturdido. Tal vez era debido a que la estrella que él había identificado con tanta seguridad como U. Cephei era en realidad Beta Perseo, conocida también como Algol, la Estrella Demonio, cuyo efecto otoñal sobre ciertos temperamentos es suficientemente conocido.

—Las estrellas son agradables —dijo Caroline. Era la clase de afirmación que normalmente Polletti hubiera considerado vulgar, pero que ahora encontró deliciosa.

—Sí, supongo que son agradables —dijo—. Me refiero a que resulta agradable tenerlas ahí todas las noches.

—Sí —dijo Caroline—. Resulta muy agradable.

—Resulta realmente agradable —convino Polletti. Luego se controló a sí mismo y dijo—: Oiga, no hemos venido aquí a contemplar las estrellas... ¿De qué quería hablar conmigo?

Caroline no contestó en seguida. Estaba mirando pensativamente al mar. Un largo bucle de cabellos rubios había caído a través de su mejilla, suavizando y enmarcando la exquisita línea de su rostro. Con expresión soñadora, cogió un puñado de arena y dejó que se deslizara a través de sus largos y esbeltos dedos; y Polletti, a pesar de su cinismo, sintió una súbita e irracional punzada de sentimiento en lo más íntimo de su ser. Absurdamente, se descubrió a sí mismo recordando una casita en las colinas encima de Perugia, y una mujer rolliza y sonriente, de cabellos grises, de pie en el umbral cubierto de enredaderas con un botijo en la mano. Había visto aquella figura maternal una sola vez, en una tarjeta postal que Vittorio le había enviado. Entonces no le había producido ninguna impresión; pero ahora...

Caroline se volvió a mirarle, y sus grandes ojos color violeta reflejaron el último resplandor rosáceo del ocaso. Polletti tembló, aunque la temperatura al nivel del mar era de 25 grados y soplaba una brisa salobre del sudoeste de ocho kilómetros por hora. —Quería saber algo acerca de usted —dijo Caroline sencillamente.

Polletti consiguió reír.

—¿De mí? Soy un tipo de hombre muy corriente, y he vivido una existencia muy típica.

—Hábleme de ella —dijo Caroline.

—No hay nada que contar, en realidad —dijo Polletti; pero se descubrió a sí mismo hablando de su infancia; de sus primeras experiencias juveniles en crimen y sexo; de la confirmación de su virilidad; de su apasionamiento por la serena y optimista Lidia: un apasionamiento que el matrimonio había transformado en crescendo de hastío; de su encuentro y subsiguiente vida en común con Olga, cuyo desenfreno héctico había sabido demasiado tarde que se debía a una inestabilidad congénita más que a una apasionada independencia de carácter.

Caroline comprendió inmediatamente que, para Polletti, la experiencia había aportado solamente el residuo más amargo del placer que es la verdadera esencia del desencanto. Ciertos deleites, que en su juventud le habían parecido únicos e inalcanzables, habían resultado ser, después de adquiridos, infinita y horriblemente repetibles. Y ello le había inducido a envolverse a sí mismo en aquella civilizada capa gris del tedio que algunos dicen que no es más que el reverso del abigarrado ropaje de la esperanza. Era triste, pensó Caroline; pero no irrevocable, seguramente.

—Y eso es todo —dijo Polletti, un poco a la defensiva. Se daba cuenta de que había estado charlando como un lunático adolescente. Pero se recordó severamente a sí mismo que la cosa no tenía importancia, que no le importaba lo que Caroline pensara de él.

Caroline no dijo absolutamente nada. Estaba vuelta hacia él, con su rostro oculto y misterioso en la pegajosa oscuridad, y un leve nimbo de luz de las estrellas contorneaba sus cabellos. Se inclinó casi imperceptiblemente hacia Polletti, y su cuerpo suavemente curvilíneo y su rostro imaginado parecieron

arquetípicos más que individuales. Era quizás una gran belleza; pero la oscuridad la hacía más adorable aún a través de la imaginación de Polletti.

Marcello se removió, inquieto. Se recordó a sí mismo que los desilusionados, a través de la misma especialización de sus actitudes, son frecuente y peculiarmente propensos al mito del romance. Encendió un cigarrillo y dijo:

—Marchémonos de aquí. Tal vez podríamos ir a tomar una copa a alguna parte.

Sus palabras pretendían romper el hechizo. Pero no lo consiguieron, porque Algol seguía ardiendo en el cielo meridional. Caroline dijo, con voz apenas más audible que el suave murmullo de las olas:

—Marcello, creo que te amo.

—No sea absurda —dijo Polletti, tratando de dominar una anticipación de éxtasis por medio de una manifestación de enojo.

—Te amo —dijo Caroline.

—Olvídelo —dijo Polletti—. Esta escena en la playa es muy agradable, pero no debemos dejarnos arrastrar por ella.

—Entonces, ¿tú también me amas?

—Eso no importa —dijo Polletti—. En este momento podría decir casi cualquier cosa, y creerla... pero sólo momentáneamente. Caroline, el amor es un juego maravilloso que empieza como una diversión y termina en matrimonio.

—¿Tan malo es eso?

—En mi experiencia, sí, muy malo —dijo Polletti—. El matrimonio mata al amor. Nunca me casaré contigo, Caroline. Nunca volveré a casarme con nadie. Considero la institución matrimonial como una farsa, una parodia de relaciones humanas, una absurda trampa que nos tendemos nosotros mismos...

—¿Por qué tienes que hablar tanto? —le preguntó Caroline.

—Soy locuaz por naturaleza —dijo Polletti. Súbitamente le pareció muy lógico estar estrechando a Caroline entre sus brazos—. Te quiero mucho —le dijo—. Te adoro, Caroline, contra todos mis mejores instintos.

La besó, tiernamente al principio, luego con creciente pasión. Descubrió que la amaba realmente, y esto le sorprendió, le deleitó y le entristeció. Ya que el amor, tal como él lo conocía, era una aberración, una forma de locura temporal, un estado de autosugestión que duraba muy poco.

El amor era un estado que un hombre juicioso evitaría prudentemente. Pero Polletti nunca se había considerado a sí mismo como un hombre juicioso, y la prudencia no figuraba entre sus virtudes. Era descaradamente indulgente consigo mismo... lo cual era en sí una posible forma de buen criterio. O al menos eso esperaba.

## XVI

Era noche profunda en el Coliseo; una noche negra e inolvidable, pegándose como algas a las antiguas piedras, con su espantosa integridad rota únicamente por varios arcos voltaicos que hacían el lugar más brillante que si fuera de día.

Abajo, sobre la arena bebedora de sangre, media docena de técnicos permanecían junto a sus cámaras. Las Roy Bell Dancers, sobre una plataforma especial a la izquierda del centro, descansaban después de su último ensayo, y hablaban de los sistemas para evitar que se partieran las puntas de los

cabellos. No lejos de ellas, en un sofá a motor lleno de controles e instrumentos, Martin estaba sentado y efectuaba una revisión final de los ángulos de las cámaras. Había abandonado el Salón de Baile Borgia para trasladarse a este nuevo Puesto de Mando. Tenía un delgado cigarrillo negro agarrado entre sus dientes. Ocasionalmente alzaba una mano y se frotaba los llorosos ojos.

Chet estaba sentado detrás de él ante una mesita. El hecho de que estuviera haciendo solitarios revelaba la terrible tensión nerviosa a que estaba sometido.

Colé estaba sentado inmediatamente detrás de Chet. El hecho de que estuviera dormitando en su silla revelaba la terrible tensión nerviosa a que él estaba sometido.

Colé despertó bruscamente, se frotó los llorosos ojos y dijo:

—¿Dónde está Caroline? ¿Por qué no nos informa?

—Tómalo con calma, muchacho —dijo Martin, sin mirar a su alrededor. El hecho de que estuviera revisando todos los ángulos de sus cámaras por enésima vez revelaba que no era inmune a las ansiedades de otros hombres inferiores.

—¡Ya tendría que haber transmitido algún informe! —insistió Colé—. ¿Supones...?

—No supongo nada —dijo Martin, y ordenó a la Cámara Tres que retrocediera treinta milímetros.

—Sota negra sobre caballo rojo —le indicó Colé a Chet.

—Vamos a suponer que no metes las narices en mis asuntos personales, ¿quieres? —dijo Chet suavemente, pero con evidente violencia contenida.

—Calma, muchachos —murmuró Martin en tono tranquilizador. Conductor de hombres innato, sabía por instinto cuándo era el momento de las palabras serenas en vez de las órdenes furiosas. Impasible, ordenó a la Cámara Uno que modificara su inclinación en treinta milímetros.

—¡Pero Caroline tendría que haber transmitido ya algún informe! —dijo Colé—. No ha informado desde que llegó a la playa de Los Ocasistas. ¡Y eso fue hace seis o siete horas! ¡Y no ha contestado a nuestras llamadas! ¡Puede haber ocurrido cualquier cosa, os lo digo yo! ¿Creéis...?

—Procura dominarte —dijo Martin fríamente.

—Lo siento —dijo Colé, alzando sus temblorosas manos hasta su pálido rostro y frotándose los doloridos ojos—. Es la tensión, la espera... Estoy bien. Y estaré perfectamente cuando empiece la acción.

—Desde luego, muchacho —dijo Martin—. La espera nos afecta a todos. —Ladró en su micrófono—: ¡Mantenga esa inclinación, Cámara Uno, y retroceda exactamente treinta milímetros!

—Dos rojo sobre tres negro —le indicó Colé a Chet.

Chet no contestó. Había decidido asesinar a Colé inmediatamente después de conseguir que Martin fuese despedido. Había decidido también asesinar al señor Fortinbras y a Caroline, y a su cuñado de Kansas City, Missouri, el cual le acogía invariablemente con un alegre: "¿Qué tal anda el fabricante de imágenes?". Y también...

La puerta del sofá a motor se abrió y entró Caroline.

—Hola, muchachos —dijo jovialmente.

—Hola, nena —dijo Martin en tono casual—. ¿Cómo van las cosas?

—Suaves como el acrilan —respondió Caroline—. Localiza al individuo, y luego hablé con él, y está de acuerdo en la entrevista de mañana.

—¿Muchos problemas? —preguntó Chet suavemente.

—Ninguno. No tuve que esforzarme demasiado para convencerle, fue un trato comercial rápido: quinientos dólares por anticipado, y otros quinientos por la mañana, antes de que empiece la entrevista.

—Magnífico, estupendo, maravilloso —dijo Martin—. Pero, ¿qué hiciste después? Me refiero a que tenías que haber transmitido tu informe hace cinco horas, y naturalmente estábamos preocupados por ti.

—Bueno —dijo Caroline—, empecé a marcharme, pero luego decidí estudiarle un poco más. De modo que retrocedí y le pedí que me invitara a tomar una copa, y después fuimos a una pequeña playa encantadora, y allí hablamos y contemplamos las estrellas.

—Estupendo —Martin sonrió, desarrollando un tic nervioso en la comisura de su ojo izquierdo—. ¿Y qué conclusión sacaste de él, eh?

—Es un hombre maravilloso —dijo Caroline con aire soñador—. Pero, verás, ha estado tratando de obtener la anulación de su matrimonio durante doce años, y durante ese tiempo ha estado viviendo con una loca llamada Olga, y ahora que finalmente ha obtenido la anulación, no quiere casarse con Olga.

—Muy interesante —dijo Martin.

—De hecho, no quiere casarse con nadie —dijo Caroline—. Ni siquiera quiere casarse conmigo.

Chet se sobresaltó hasta el punto de que dejó caer sus naipes.

—Eh, ¿qué es esto? —preguntó.

—Supongo que tal vez podrías llamarlo algo parecido al amor —dijo Caroline.

—¿Qué diablos significa, *amor*? —preguntó Chet—. Tu contrato te prohíbe enamorarte mientras no hayas completado tu Décimo Asesinato, y te prohíbe explícitamente enamorarte de tu Víctima.

—El amor —dijo Caroline en tono helado— existía mucho antes que los contratos.

—Los contratos —dijo Martin torvamente— tienen mucha más fuerza coercitiva que el amor. Oye, nena, no irás a dejarnos en la estacada, ¿verdad?

—No lo creo —dijo Caroline—. Marcello me dijo que me amaba también, pero si no se casa conmigo creo que prefiero verle muerto.

—Te comprometiste a hacerlo —dijo Martin—. Recuérdalo. ¿De acuerdo, nena? —No es probable que lo olvide —dijo Caroline fríamente—. Pero, ¿supones...?

—Yo no supongo nada —dijo Martin—. Mira, ¿qué te parece si nos acostamos todos un rato, para estar frescos y descansados para el asesinato de mañana por la mañana? ¿De acuerdo? De acuerdo.

Todos asintieron. Martin dio las órdenes, y los arcos voltaicos se apagaron lentamente. Los hombres de las cámaras y las danzarinas se marcharon. Los últimos en salir fueron Martin, Chet, Colé y Caroline. Subieron al Roadrunner XXV alquilado por Martin y se dirigieron a su hotel.

La noche negra e impenetrable se extendía sobre el Coliseo, taladrada sólo muy ocasionalmente por los rayos de una luna cornuda y gibosa que se ocultaba entre nubes. Las antiguas rocas supuraban silencio, y una sensación de muerte inminente se alzaba como un miasma invisible de las arenas empapadas en sangre.

De pronto apareció Polletti debajo de un arco. Su rostro tenía una expresión severa y furiosa. Detrás de él apareció Gino.

—¿Y bien? —inquirió Polletti.

—Es evidente —dijo Gino—. Ella es tu Cazadora. No cabe la menor duda.

—Desde luego. Yo estaba seguro de ello cuando me siguió hasta la playa. Esto es una simple confirmación. ¡Un asesinato rodeado de la mayor publicidad... el estilo norteamericano!

—He oído decir que ahora lo están haciendo así en Milán —dijo Gino—. Y, desde luego, los Cazadores alemanes, particularmente en el Ruhr...

—¿Sabes lo que me dijo anoche? —inquirió Polletti—. Me dijo que me amaba. Y todo el tiempo estaba planeando asesinarme.

—La falsedad de la mujer es proverbial —dijo Gino—. ¿Qué le dijiste tú a ella?

—Le dije que la amaba, desde luego —respondió Polletti.

—¿La amabas, por casualidad?

Polletti meditó largo rato. Finalmente, dijo:

—Resulta extraño, pero Caroline es realmente encantadora. Es una muchacha adorable, tímida en muchos sentidos...

—Ha asesinado a nueve hombres —le recordó Gino.

—En justicia, no puede esgrimirse ese argumento contra ella —dijo Marcello—. Eso es simplemente una manifestación de la época.

—Tal vez estés en lo cierto —dijo Gino—. Pero, ¿qué vas a hacer, Marcello?

—Llevaré a cabo el contraasesinato, exactamente tal como lo había planeado —dijo Polletti—. El único problema estriba en si Vittorio habrá sido capaz de disponer a tiempo de alguna publicidad.

—No confíes demasiado en ello. Le avisaste muy tarde —dijo Gino.

—La cosa ya no tenía arreglo —dijo Polletti—. De todos modos, creo que podrá conseguirme un par de patrocinadores, al menos.

—Probablemente —asintió Gino—. Pero, Marcello, ¿qué pasará si ella sospecha que te has enterado? Tiene una gran organización detrás suyo, dinero, poder... Tal vez deberías limitarte a matarla a la primera oportunidad y no correr ningún riesgo.

Polletti sacó un revólver del bolsillo de su chaqueta, revisó la carga y volvió a guardárselo.

—No te preocupes —le dijo a Gino—. Ella vendrá a mi cabaña a las nueve de la mañana para un ensayo. ¿No te suena eso como si ella sospechara que yo sospecho de ella?

—No lo sé —dijo Gino—. Lo único que sé es que la falsedad de las mujeres es proverbial.

—Desde luego —dijo Polletti—. Pero lo mismo podría decirse de la falsedad de los hombres... Todo saldrá tal como lo había planeado. Aunque me gustaría que Caroline fuese menos adorable.

—Lo adorable de las mujeres —afirmó Gino— es lo que nos expone a su falsedad.

—Supongo que sí —dijo Polletti—. En fin, voy a regresar a la cabaña. Necesito dormir un poco. Asegúrate de que Vittorio se asegure de que todo esté en orden.

—Lo haré —dijo Gino—. Buenas noches, Marcello... y buena suerte.

—Buenas noches —dijo Marcello.

Se separaron. Marcello subió a su automóvil y regresó a la playa, y Gino se dirigió al más cercano de los cafés abiertos toda la noche.

Y ahora, por fin, el Coliseo quedó desierto. La luna se había desvanecido y todo era oscuridad. Había brotado una leve bruma, y sobre las arenas sangrientas parecían moverse unas borrosas figuras, como si fueran los fantasmas de gladiadores muertos hacía muchos siglos. Una brisa suspiró a través de los asientos vacíos, como la voz de un Emperador muerto hacía otros tantos siglos, murmurando: "¡Acaba con él!" Y luego, brotando de la ambigua lobreguez del este, pudieron adivinarse las primeras claridades del alba.

Un incierto nuevo día había empezado.

## XVII

Dentro de su cabaña prefabricada, Marcello estaba durmiendo plácida y profundamente. No oyó el leve chirrido de los goznes cuando la puerta se abrió cautelosamente. Ni vio el largo cañón que penetró a través de la abertura de la puerta.

El cañón apuntó a su cabeza. Se oyó un leve siseo y un chorro de gas apenas visible brotó de la boca del cañón. Inmediatamente, el sueño de Polletti se hizo todavía más profundo.

Transcurrieron unos segundos antes de que Caroline entrara en la cabaña. Tocó a Polletti ligeramente en el hombro, luego le sacudió. Polletti no se movió. Caroline regresó a la puerta y agitó una mano hacia el exterior. Luego volvió a sentarse en la cama al lado de Polletti.

La cabaña empezó a retemblar. En un momento determinado se inclinó bruscamente a un lado, y Caroline tuvo que sujetar a Polletti para que no cayera al suelo. Al cabo de unos instantes, la cabaña dejó de moverse.

Polletti seguía durmiendo. Caroline se dirigió hacia la puerta y la abrió. Pudo ver las calles de Roma deslizándose rápidamente junto a ella. Habría sido una impresión fantástica si Carolina no hubiera sabido que la cabaña, con Polletti y ella misma dentro, estaba atada a la plataforma de un remolque, que Martin estaba conduciendo hacia el Coliseo. Eran las ocho cuarenta y seis, exactamente. Caroline registró la cabaña, arregló unos cuantos detalles y luego se sentó al lado de Polletti.

Alrededor de media hora más tarde, Polletti se removió en la cama, se frotó los ojos y se incorporó.

—¿Qué hora es? —le preguntó a Caroline.

—Las nueve veintidós.

—Temo que he dormido más de la cuenta —dijo Marcello.

—No tiene importancia.

—Pero, ¿tendremos tiempo para el ensayo? —preguntó Polletti.

—Estoy segura de que lo haremos perfectamente sin ensayarlo —dijo Caroline. Estaba muy seria y hablaba con voz tranquila, sin énfasis. Se apartó de Polletti y empezó a maquillarse la cara.

Polletti bostezó y alargó la mano hacia su teléfono. Luego se dio cuenta de que el cable estaba cortado. Caroline le contemplaba a través del espejo de su polvera. Polletti se desperezó, aparentemente tranquilo, y alargó la mano hacia su chaqueta, colgada en una silla próxima. Sacó cigarrillos y fósforos, y rozó el bolsillo de pecho: su revólver ya no estaba allí.

Encendió un cigarrillo y dirigió una cariñosa sonrisa a Caroline. Al no recibir ninguna respuesta volvió a reclinarsse en la cama, dio una profunda chupada a

su cigarrillo, y luego miró a uno y otro lado y encontró su pequeño simio electrónico en el suelo. Jugó un rato con él, y luego saltó rápidamente de la cama y cambió su pijama por un pantalón y una camisa deportivos. Se tendió de nuevo en la cama y cogió el mono.

Caroline no se había vuelto aún a mirarle. Seguía observándole a través del espejo de su polvera.

Polletti se despezó otra vez sobre la cama.

—¿Sabes lo que estaba pensando? —le preguntó a Caroline—. Estaba pensando por qué no nos marchamos tú y yo a alguna parte... los dos solos. Podríamos vivir maravillosamente juntos, Caroline. Incluso podríamos casarnos, si lo considerases absolutamente necesario.

Caroline cerró su polvera y se volvió hacia él. Conservaba la polvera en su mano, con un dedo apoyado en la bisagra posterior. Sin duda era un arma, decidió Polletti. En la actualidad resultaba difícil encontrar algo que no fuera un arma.

—¿No te interesa mi proposición? —preguntó Polletti.

—Tus mentiras no me divierten —dijo Caroline.

Polletti asintió, jugando con su mono electrónico.

—Es posible que tengas razón —dijo—. He dicho muchas mentiras y he engañado a muchas personas durante mi vida. No por afición a mentir y a engañar, te lo juro; sólo por... las circunstancias. Pero quiero ser sincero contigo, Caroline. *Puedo* decir la verdad. Quizá puedo incluso demostrar mi sinceridad.

Caroline sacudió la cabeza.

—Es demasiado tarde.

—Te equivocas —dijo Polletti—. Tengo amigos que pueden responder por mí. Por ejemplo... —levantó el mono electrónico—, ¿conoces a Tommaso?

—Ese es el tipo de testigos de tu buena fe que tienes —dijo Caroline.

—Tommaso es un animalito muy sincero —dijo Polletti. Dejó el mono en el suelo de cara a Caroline. El simio electrónico avanzó hacia ella dando saltitos e intentó trepar por su pierna.

—No estoy interesada en él —dijo Caroline.

—No eres justa, Caroline. Mira lo cariñoso que es. Creo que le gustas, y Tommaso es muy selectivo en lo que respecta a sus amigos.

Caroline sonrió con un visible esfuerzo, levantó al mono y lo instaló en su regazo.

—Ráscale —sugirió Polletti—. Y también podrías acariciarle la nariz: le gusta mucho.

Caroline rascó al animal. Luego, cautelosamente, acarició su nariz.

El mono electrónico dejó de moverse. Simultáneamente, un panel se abrió de par en par en su pecho, dejando al descubierto un pesado revólver oculto en su interior.

—¿Sabías esto? —preguntó Caroline.

—Desde luego —dijo Polletti—. Del mismo modo que sé que eres mi Cazador.

Caroline le miró fijamente, desaparecida la sonrisa de su rostro.

—El revólver es una prueba de mi sinceridad —dijo Polletti—. Es una prueba de que quiero vivir contigo... de que no quiero matarte.

Caroline se mordió el labio. Con rostro inexpresivo, su mano apretó la culata del revólver dentro del mono electrónico.

En aquel preciso instante las paredes de la cabaña empezaron a temblar violentamente, y luego a alzarse lentamente en el aire. Caroline ni siquiera se molestó en contemplar aquel espectáculo anormal. Su mirada no se apartó del rostro de Polletti. Polletti, por su parte, contemplaba con visible deleite cómo se levantaban las paredes, poco a poco, revelando hileras de ruinas a mediana distancia.

—Es maravilloso, Carolina —dijo—. Absolutamente maravilloso.

Ahora, la parte superior de la cabaña se elevó definitivamente. Mirando hacia el cielo, Polletti pudo ver cómo desaparecía la cabaña en dirección sur-sudoeste, atada a un cable de Nylorex y colgando de un helicóptero pintado de rojo, blanco y beige: los colores de la UUU Teleplex Ampwork. Y a su alrededor, hilera sobre hilera de ruinas, se erguían las gradas del Coliseo.

Las cámaras entraron en acción, manejadas por hombres que llevaban gorros de jugadores de béisbol. Los micrófonos se agitaron sobre la cabeza de Marcello como un racimo de plátanos surrealistas. Las Roy Bell Dancers recibieron una señal convenida. Parpadearon unas luces rojas como malignos ojos de Cíclopes, y pudo oírse la voz de Martin ladrando órdenes en una jerga tan técnica que sólo Chet era capaz de entenderla y transmitirla a sus destinatarios.

Polletti contemplaba aquel espectáculo dentro de un espectáculo sin saber si debía dar crédito o no a sus ojos. Se volvió hacia Caroline y le preguntó en tono casual:

—¿Tengo que pronunciar algunas palabras por el micrófono?

Caroline le miró con ojos semejantes a obsidiana lechosa.

—Sólo tienes que hacer una cosa: ¡morir!

Ahora le apuntaba con un revólver. Era el revólver de Polletti, que había sacado del bolsillo de su chaqueta dentro de la cabaña.

La orquesta (para esta ocasión había sido contratada especialmente la Filarmónica de Zagreb) estalló en un alegre y ominoso pasodoble. Las Roy Bell Dancers dejaron de discutir sobre aerosoles para los cabellos e iniciaron una meliflua y peligrosa *danse du ventre*. Los hombres de las cámaras entraron en plena actividad.

Se emitieron más señales. Desde su lugar de espera debajo de un arco en ruinas, un ayudante uniformado avanzó empujando un carrito conteniendo una tetera y una taza de té, todo real a excepción del vapor preempaquetado que brotaba de la taza. En su camino, el ayudante casi tropezó con una mujer delgada, morena, elegante, vestida exquisitamente aunque de un modo algo teatral, con los ojos grandes, negros y brillantes de un lobo hambriento.

"Una típica homicida paranoide esquizofrénica, pero con rasgos retozones", murmuró el ayudante para sí mismo, sin saber que la mujer era Olga, y que su diagnóstico de ella contenía más verdad que poesía, y más realidad que ingenio.

—¡Té! —observó Polletti, cuando el ayudante llegó junto a él—. ¿Tengo que bebérmelo?

—Se lo beberá *ella* —susurró el ayudante—. Usted debe limitarse a permanecer aquí y morir bien y no hacerse el listo.

El ayudante dio media vuelta y se marchó; tenía un verdadero espíritu profesional, y odiaba a los que se tomaban las cosas a la ligera.

—¡El Terrible té del Tío Ming! —gritó un locutor desde otra parte del Coliseo—. Sí, damas y caballeros, el Terrible Té del Tío Ming es el único té que

le adora a uno por sí mismo, el único té que se casaría alegremente con uno y produciría innumerables bolsitas de té si el Tío Ming se lo permitiera...

Polletti rió de buena gana. No había oído nunca aquel anuncio, que el año anterior había ganado la triple corona de laurel del Consejo Publicitario por su adecuación, buen gusto, humor, originalidad y otras muchas virtudes. —¿Qué es lo que te divierte tanto, Marcello? —preguntó Caroline, siseando las palabras como una venenosa víbora moteada del Borneo central.

—Todo es divertido —dijo Polletti—. Te he dicho que te amo, que quiero casarme contigo; y tu respuesta es el deseo de matarme. ¿No te parece una situación cómica?

—No —dijo Caroline—. No, si tus palabras son sinceras.

—Desde luego que lo son —dijo Polletti—. Pero no permitas que esa nimiedad se interponga en tu camino.

—...y así, desde las profundidades de su torturada y desesperada pasión, el Terrible Té del Tío Ming le grita: "¡Bégame, señor Cliente, bégame, bégame, bégame!" —terminó el locutor. Su mensaje fue seguido por un momento de incredulidad del aturdido auditorio (enlatada), y luego por unos tímidos aplausos (enlatados), y finalmente por una ensordecedora ovación (enlatada) del auditorio.

—¡Doble manecilla para el chasquido! —gritó Martin.

—Diez segundos para el disparo —tradujo Chet—. Nueve, ocho, siete...

Caroline permaneció inmóvil como una estatua, salvo por los temblores de tensión que discurrían a lo largo de su brazo derecho y que transmitían al cañón del revólver que empuñaba fuertemente una vibración apenas perceptible.

—...seis, cinco, cuatro...

Polletti permanecía impassible, aunque la sonrisa que afloraba a su rostro revelaba lo mucho que le divertía el drama humano en el cual, inesperadamente, figuraba como protagonista. (La sonrisa revelaba también una paciencia poco corriente, un sentido innato de lo espectacular, y una patética fibra de carne de vaca entre sus caninos tercero y cuarto).

—...tres, dos, uno... ¡Fuego!

Caroline se estremeció a través de todo su ser ante la tremenda irreversibilidad del momento. Alzó su revólver lentamente, temblorosamente, como un sonámbulo maníaco despertado en una pesadilla. Apuntó el revólver a la cabeza de Polletti, centrándolo un par de centímetros encima de sus cejas. Instintivamente, apoyó el dedo en el gatillo.

—¡Chasquido! ¡Chasquido! —gritó Martin.

—¡Fuego! ¡Fuego! —gritó Chet, traduciendo.

—¡Ejecución inmediata! —rugió Martin.

—¡Dispara ahora! —rugió Chet, traduciendo.

Pero nada se movió en el cuadro asesino. La tensión del momento era casi indescriptible. De hecho, el susceptible y joven Colé se desmayó; Chet sufrió una parálisis temporal (aunque no por ello menos dolorosa) del bíceps, tríceps y extensores laterales del brazo derecho; e incluso Martin, profesional endurecido como el que más, notó una acidez en su garganta que reconoció como síntoma inconfundible de un próximo ataque de ardor de estómago.

Directores y técnicos esperaron; las Roy Bell Dancers y la Filarmónica de Zagreb esperaron; los espectadores del mundo entero esperaron, a excepción de unos cuantos que se habían marchado a la cocina a tomarse una cerveza.

Polletti esperó; y Caroline, desgarrada por la indecisión y destruida por la ambigüedad, se encontró a sí misma esperando que *ella misma* actuara.

Resulta difícil calcular cuanto tiempo podría haberse prolongado aquella situación; pero súbitamente, un elemento imponderable hizo acto de presencia: Olga salió corriendo de debajo de un arco, se abrió paso a través de la pequeña multitud de técnicos ansiosos, se encaramó al suelo de la cabaña y arrancó el revólver de la mano de Caroline.

—¡De modo, Marcello —dijo Olga—, que vuelvo a encontrarte con otra mujer!

No hubo ninguna respuesta a aquella afirmación lunática que, como suele suceder frecuentemente con las afirmaciones de los locos, contenía cierta parte de verdad subterránea.

—¡Olga! —gritó Polletti, tratando inútilmente de explicar lo inexplicable.

—¡Hacerme esto a mí después de doce años de espera! —exclamó Olga. Y alzó el revólver, apuntando a un lugar situado aproximadamente a unos dos centímetros encima de las cejas de Polletti.

—¡Por favor, Olga, no dispaes! —suplicó Polletti—. Será peor para ti si lo haces. Podemos hablar de esto de un modo racional...

—¡Hoy ya he sostenido una conversación *racional*... con Lidia! —declaró Olga—. Tu ex esposa admitió que había llegado la anulación... no hoy, no ayer, sino *hace tres días*.

—Lo sé, lo sé —dijo Polletti—. Pero puedo explicarlo todo...

—¡Entonces, explica esto! —gritó Olga, y apretó el gatillo.

El arma ladró con mortífera autoridad. Olga abrió la boca, asombrada, se llevó una mano vacilante a la región cordial, mirando con ojos incrédulos la sangre que manchaba sus dedos, y luego se desplomó, tan muerta como un pterodáctilo en una caja de cristal.

—Esto resultará difícil de explicar —admitió Polletti.

Caroline se sentó en la cama y se agarró la cabeza con las manos. Colé volvió en sí de su desmayo y pensó con orgullo: "Caramba, me he desmayado de veras." Chet desconectó todas las cámaras y conectó un telefilme guardado en reserva, por si se producía algún fallo. "El Gran Espectáculo Televisivo de 1999", protagonizado por *Le Mar de Ville*, Roger Roger y Lassie. Martin se acercó a la cabaña, se hizo cargo de todo con una sola ojeada y preguntó:

—¿Qué es lo que pasa aquí?

Llegó un agente de policía, no logró hacerse cargo de todo con una sola ojeada, y preguntó:

—¿Quién es el Cazador, por favor?

—Soy yo —dijo Caroline, entregando su tarjeta de identificación pero sin levantar la mirada.

—¿Y quién es la Víctima?

—Soy yo —dijo Polletti, entregando también su tarjeta.

—Entonces, ¿esta mujer muerta no formaba parte de la Caza?

—No —dijo Polletti.

—En tal caso, ¿por qué la ha matado?

—¿Yo? Yo no he matado a nadie —dijo Polletti. Se inclinó y recogió el revólver—. Mire —le dijo al agente, y le mostró la pequeña abertura inmediatamente debajo del percutor.

—No veo nada anormal —dijo el agente.

—Ese orificio es el verdadero cañón del revólver —dijo Polletti—. El arma dispara hacia atrás, ¿comprende? Lo inventé yo, y lo construí yo mismo.

Caroline se puso en pie rápidamente y miró a Polletti.

—¡Bestia! —gritó—. ¡Planeaste que te robara ese revólver de tu chaqueta! ¡Querías que me apoderase de él para que me matara a mí misma!

—Sólo si se te ocurría la idea de matarme a mí —puntualizó Polletti. — ¡Palabras, palabras! —le gritó Caroline—. ¿Cómo puedo creer nada de lo que me digas?

—Discutiremos eso más tarde —le aseguró Polletti—. Amor mío, existe una explicación muy sencilla para todo esto...

—La cual —le interrumpió bruscamente el policía— debió exponerme a *mí*, antes de insultar a esta joven con su absurda payasada—. Sonrió galantemente a Caroline, que le miró con el ceño fruncido.

—Antes que nada informaré al cuartel general —dijo el agente, sacando su radio portátil de su cinturón—, y luego espero oír algunas respuestas.

Sin embargo, nada de todo aquello se tradujo en hechos, ya que el policía se encontró brusca y desesperadamente comprometido en la tarea de mantener una leve apariencia de orden.

Primero fueron los turistas, varios millares de los cuales habían irrumpido a través del cordón de vigilancia establecido en el exterior del Coliseo, y todos los cuales estaban decididos a enterarse de lo que ocurría y obtener una foto del acontecimiento. Pisándoles los talones a los turistas llegaron los abogados, varias docenas de ellos, que amenazaban con presentar demandas contra Polletti, Caroline, la UUU Teleplex Ampwork, Martin, Chet, las Roy Bell Dancers, Colé, la policía de Roma y otras partes sin especificar. Finalmente, se presentaron seis funcionarios de la Caza Internacional, los cuales exigieron que Caroline y Polletti fuesen detenidos, por si procedía acusarles de no-asesinato injustificado.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo el abrumado policía—, lo primero es lo primero. Arrestaré al supuesto Cazador y a su supuesta Víctima... ¿Dónde están?

—Estaban aquí hace un momento —dijo Colé—. ¿Sabe una cosa? Antes me he desmayado... —Pero, ¿dónde están ahora? —preguntó el policía—. ¿Por qué no había nadie vigilándoles? ¡Pronto, controlen todas las salidas! ¡No pueden haber llegado muy lejos!

—¿Por qué no pueden haber llegado muy lejos? —preguntó Colé.

—¡No me provoque! —rugió el policía—. ¡Pronto descubriremos si han llegado muy lejos!

Y lo descubrió pronto... aunque no lo bastante pronto.

## XVIII

Guiado por las hábiles manos de Caroline, el pequeño helicóptero, previamente estacionado en una esquina del gran estadio contiguo al arco de Trajano, se remontó por encima de la ciudad de Roma. El óvalo gris-amarillo del Coliseo se perdió de vista. Las estrechas y tortuosas calles de la Ciudad Eterna dieron paso a suburbios, y luego a pueblos, y luego a campo abierto.

—¡Eres maravillosa! —declaró Polletti—. Habías planeado todo esto de antemano, ¿no es cierto?

—Desde luego —dijo Caroline—. Me pareció una precaución razonable, por si acaso me estabas diciendo la verdad.

—Querida, no puedo expresar lo mucho que te admiro —dijo Polletti—. Nos has arrancado de la muerte y de los procedimientos judiciales, para llevarnos a esta espléndida Naturaleza, lejos de las maquinillas de afeitar eléctricas y de los refrigeradores...

Polletti miró hacia abajo y observó que se encontraban sobre un terreno desértico, hacia cuyo rostro lunar el helicóptero empezaba a descender. — Dime, tesoro —dijo Polletti—, ¿has planeado algo más para nosotros?

Caroline asintió alegremente, mientras realizaba un aterrizaje perfecto.

—Principalmente, *esto* —dijo, abrazando a Polletti y besándole con el entusiasmo y la pasión que ponía en la mayoría de las cosas que llevaba a cabo.

—Mmmmmm —dijo Polletti, y luego alzó la cabeza bruscamente—. ¡Qué raro! —murmuró.

—¿Qué es lo que encuentras raro? —preguntó Caroline.

—Tiene que haber sido una alucinación. Me pareció haber oído la campana de una iglesia.

Caroline apartó la mirada con aquella leve pincelada de coquetería que caracterizaba todos sus movimientos, incluso los más sencillos.

—¡La he oído! —exclamó Polletti—. ¡Ha vuelto a sonar!

—Vamos a echar una mirada —dijo Caroline.

Cogidos de la mano se alejaron del helicóptero, rodearon un pequeño montículo rocoso y se encontraron a menos de veinte metros de distancia de una pequeña iglesia perforada en el granito de la ladera de la colina. En el umbral de la iglesia había la negra y omnipresente figura de un sacerdote, que sonrió y agitó la mano, saludándoles.

—¿No es agradable? —dijo Caroline, tirando de la mano de Polletti y obligándole a avanzar.

—Encantador, fascinante, fuera de lo corriente —dijo Polletti, aunque el tono de su voz desmentía el entusiasmo que pretendían reflejar sus palabras—. Sí, decididamente admirable —dijo, reponiéndose un poco—, pero casi increíble.

—Lo sé, lo sé —dijo Caroline. Hizo entrar a Polletti en la iglesia y le llevó hasta al altar. Se arrodilló delante del sacerdote; al cabo de unos instantes, Polletti también se arrodilló. De alguna parte brotó la música de un órgano. El sacerdote sonrió, satisfecho, y empezó la ceremonia.

—Caroline, ¿aceptas a este hombre, Marcello, como legítimo esposo?

—¡Sí, lo acepto! —dijo Caroline, con fervor.

—Y tú, Marcello, ¿aceptas a esta mujer, Caroline, como legítima esposa?

—No —dijo Polletti, en tono firme.

El sacerdote inclinó su Biblia. Polletti vio que el hombre empuñaba un Colt automático del calibre 45.

—Y tú, Marcello, ¿aceptas a esta mujer, Caroline, como legítima esposa? — repitió el sacerdote.

—Oh, claro que sí —dijo Polletti—. Lo único que quería era esperar unos cuantos días para que mis padres pudieran asistir a la boda.

—Volveremos a casarnos otra vez para tus padres —le aseguró Caroline.

—*Ego coniugo vos in matrimonio...* —empezó el sacerdote.

Caroline le entregó rápidamente a Polletti un anillo, permitiendo así el intercambio de anillos en la clásica y antigua ceremonia que Polletti había

encontrado siempre tan conmovedora. En el exterior, el viento del desierto gimió y se quejó; dentro, Polletti sonrió y no dijo nada.

**FIN**